



Stig Dagerman

EL CONDENADO A MUERTE

STIG DAGERMAN

EL CONDENADO A MUERTE

(DEN DODSDOMDE)

DRAMA EN CUATRO ACTOS

(1947)

TRADUCCIÓN: JAVIER ARMADA ABELLA

Edición digital: C. Carretero

Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html

PERSONAJES

EL CARCELERO.

PEDRO, un abogado viejo.

EL CONDENADO A MUERTE.

PERIODISTA 1º.

PERIODISTA 2º.

EVA, una periodista.

EL EXPLORADOR.

EL CASI CRUCIFICADO.

EL DUELISTA.

EL PESCADOR DE RÍO.

LUISA, una mujer.

"La Peña de los Salvados".

Un CONDENADO y dos Policías

ACTO PRIMERO

El rastrillo de la cárcel.

CARCELERO. -Dígame, ¿qué desea usted?

PEDRO. -Es usted el carcelero, ¿verdad?

CARCELERO. -Todo el día y gran parte de la noche.

PEDRO. -Mi nombre es Pedro. Soy abogado; bueno, mejor diría, un viejo abogado arrinconado que vive en un escondrijo junto al Puente Viejo. ¿Conoce usted este sitio? Casas que huelen a moho, un canal viejo donde se chapuzan las ratas toda la noche y muchachas delgadas como esqueletos, hasta tal punto, que los marineros las miran con desdén.

CARCELERO. -Ya lo creo que conozco ese sitio. Pero ¿qué es lo que quería usted?

PEDRO. -Nada, que pasaba por aquí. Entré en esta parte de la ciudad sin intención alguna, y me encontré con una calle larga con árboles en medio. Cosa rara, no había niños, y pensé que si uno quería sentirse viejo y estar solo, podía pasear un rato por ella. Iba un viejo empujando una carretilla. Le grité, preguntándole: "¿Ha llovido mucho en estos sitios?", y me contestó que allí llovía como en todas partes, pero que la lluvia le traía sin cuidado, que lo único que sentía, cuando llovía, era que se llenaba la carretilla. Decía que tenía que empujar mucho y, además, la carretilla chirriaba entonces como una maldita. Ya sabe usted lo que les pasa a las carretillas.

CARCELERO. -Sí, conocemos muy bien las carretillas viejas. Pero dígame, ¿qué es lo que busca usted?

PEDRO. -Bueno, estas calles apartadas están muy bien. Se puede tomar cualquier dirección y desaparecer en el campo. El viejo, con su chirriante carretilla, torció a la izquierda y entró en un parque pequeño, sito al final de aquella callejuela. Allí, en un banco, estaba sentada una joven y bella pareja de novios, besándose al sol. Después que sus labios se unían, echaban hacia atrás las cabezas y se miraban tan maravillados como si jamás se hubiesen visto antes.

CARCELERO. -¡Oh!, harto sabida tenemos esa eterna escena. Pero, dígame, ¿por qué vino usted aquí?

PEDRO. -Pero escuche usted, después ocurre algo notabilísimo. La parejita oye que se acerca aquella chirriante carretilla y, despertando, estremecidos, a la realidad, miran hacia allí con los ojos más pequeños que nunca. De pronto, la joven grita y da un salto, y el chico se debió de llevar un susto morrocotudo, porque coge a la joven en brazos y echa a correr como un loco por el parque, dejando, en su terror, un libro en el banco. Cuando, poco después, llega el viejo junto al banco, coge el libro, lo hojea y se lo mete en el bolsillo.

CARCELERO. -Eso, desde luego, no estuvo nada bien. ¿Y no hizo usted nada?

PEDRO. -Hombre, yo soy una persona de conciencia; lo digo sin jactancia, ya que me parece que en mi casa es evidente. Y así pensé en ir corriendo hacia el viejo, quitarle el libro y tratar de encontrar a la joven pareja que lo había olvidado. Naturalmente, los jóvenes se habrían sentado más lejos, en otro banco del parque. Ya se sabe cómo es la gente joven: le es imposible estar separada.

CARCELERO. -Sí, es cosa sabida. Hace falta una cuña para separarlos.

PEDRO. -Alcanzo pues, al viejo en un sendero del parque. "¡Espere!", le grito. "¡Pare un momento, que tengo que decirle una cosa!" Y entonces ocurre lo terrible, lo más

terrible, algo capaz de cambiar por completo una vida. De pronto se hace la oscuridad en el parque, sobre los árboles penden grandes nubes negras y las aves enmudecen.

CARCELERO. -Sí, ya se sabe lo oscuro que puede ponerse en tales ocasiones. Parece como si de pronto se apagase el sol.

PEDRO. -Entonces me doy cuenta, ¿comprende usted?, del trabajo que tiene que costar empujar aquella carretilla. Veo que los brazos de la carretilla se arquean cuando el viejo va a dejarla en el suelo, y maldigo mi propia imprudencia. Maldigo mi tontería criminal, que me había llevado a encontrarme de pronto solo en un gran parque oscuro, solo en todo el mundo con un hombre tan terrible. Yo estoy allí con todo el cuerpo rígido, mudo como un pez. No puedo ni pestañear, y me quedo mirando al brazo.

CARCELERO. -¿Al brazo? ¿Qué brazo?

PEDRO. -Pues sí. Este hombre, ¿sabe?, ha llevado en su carretilla algo cubierto por grandes sacos de color castaño. De repente, quizá debido a un movimiento imprudente, la carretilla se inclinó sobre un lado, y de debajo de los trapos se deslizó una mano, que de pronto comenzó a arrastrarse por el suelo.

CARCELERO. -Por eso escaparon ellos.

PEDRO. -Sí. ¡Dios, si yo lo hubiese visto antes! ¡Si yo hubiese sido prudente! Pero allí estaba yo entonces junto a la carretilla, sin ver absolutamente nada más que aquel brazo terrible.

CARCELERO. -¿Cómo era el brazo?

PEDRO. -¡Oh, era un brazo joven! Los dedos eran largos, y hacía tan poco que se habían quedado sin vida, que me extrañaba que no se movieran, que no cogieran la arena y las ramas del suelo. Un reloj ceñía la muñeca. Andaba todavía. Eran las cinco menos cuarto.

CARCELERO. -Van a dar ahora mismo las seis y media. Ahora están cenando en sus celdas. ¿No oye usted el ruido de las cucharas a través del piso?

PEDRO. -¡Oh, las seis y media ya! Pues a las cinco menos cuarto me dijo el hombre de la carretilla: "¿Quiere usted algo de mí? ¿Qué quiere usted?" Y advertí en la auténtica extrañeza de su VCYL que todavía no sabía lo que había ocurrido, que no podía comprender la causa de mi súbita confusión, de mi terror, que todo lo oscurecía. Sentí un intenso alivio momentáneo, y de pronto lo miré a la cara. Mis ojos miraron a los suyos, y comprendí que no podía dejar de hacerlo si quería seguir viviendo. "Sí -balbucí-; es ese libro, es solo ese libro que usted cogió del banco. Démelo, démelo en seguida. Sé dónde están los que no han

olvidado" "¡Oh! -dijo-. Si no es más que eso, aquí lo tiene usted. Tome." Un instante después se había ido. Mientras yo estaba allí en el parque solitario, inquieto todavía después del terrible choque, oí cómo la carretilla empezó a chirriar y que él aceleraba el paso cada vez más. Finalmente, echó a correr.

CARCELERO. -¿Creyendo que le había descubierto?

PEDRO. -Quizá. Yo estaba allí con el libro en la mano. La oscuridad continuaba. Mi cuerpo estaba a punto de derrumbarse, pero yo luchaba por mantenerme en pie. De repente no pude ver nada. De mis ojos brotaron lágrimas, que caían por mi cara. Estuve ciego e inconsciente algunos minutos. Luego comenzó a llover. Era una lluvia tranquila y silenciosa. Las gotas caían como lágrimas por mis mejillas. Vagué por el parque solitario, con el libro debajo del abrigo, creo que una hora entera, pero no pude ver un alma por allí. Aquellos dos debieron sentir más miedo que el que yo podía figurarme. Por fin acerté a salir a esta calle grande otra vez. Y de pronto volvió una claridad cegadora. El sol rasgó las nubes del cielo, y las aves volvieron a él. Ante mí pasó una larga serie de vehículos. La gente lanzaba carcajadas por las ventanas abiertas. Una vendedora de flores me puso esta rosa. Cogí el libro y leí la cubierta: "¿Qué significa la muerte, o por qué vivimos?"

CARCELERO. -¿Por qué vivimos?

PEDRO. -Yo pensé en lo que acababa de ocurrir. "¿Qué significa? -pensaba yo-. ¿Es caminar al sol y luego, de pronto, en la oscuridad, y después volver a caminar al sol? ¿Es tener mucho miedo y de repente no tenerlo? ¿Es precipitarse en el terror más profundo y luego librarse de él y seguir sabiendo que, en realidad, no hay salvación ni del temor ni de la tranquilidad?" Eran entonces las seis.

CARCELERO. -Ahora son las seis y media. Ahora han terminado de cenar los presos. Los guardianes están recogiendo los platos, las cucharas y las ollas. ¿No los oye usted andar por aquí arriba?

PEDRO. -Y entonces me encontré de pronto frente a la cárcel. Yo sé, naturalmente, lo que es esto.

CARCELERO. - ¿Ya lo sabe usted?

PEDRO. - ¡Oh, qué cosa hay que no sepa un abogado viejo! "Este es un lugar para condenados a muerte (pensé); aquí solo vienen los que irremisiblemente van a morir. Si en algún sitio lo saben, tiene que ser aquí. Quizá no lo sepan, pero, por lo menos, tienen que tener una respuesta a mano." Y entré.

CARCELERO. -Yo soy carcelero aquí. Estoy al cuidado de estas puertas. Cuando alguien llama a esta pesada puerta exterior, aprieto un botón de esta mesa de tal manera que el que quiera entrar puede abrirla. Luego entra en la sala el que ha

llamado, y a continuación se dirige a mí, pues todos tienen que hablar conmigo para poder seguir adelante. Para el que quiere continuar, aprieto otro botón y se abre la puerta que está a mi espalda. "Por favor, por aquí", digo al que quiere entrar. En la mayoría de los casos, sin embargo, vienen los que no quieren entrar, pero tienen que hacerlo. Con estos hago lo mismo, me conduzco de la misma manera. Aprieto el botón de esta puerta y des digo: "Por aquí, por favor." Yo, aquí, no soy más que carcelero. Sé todo lo que hay que saber sobre estas puertas; pero de lo demás no sé nada. No me pregunte de otras cosas. ¿Qué desea usted que yo le responda?

PEDRO. -Pero no siempre está usted sentado aquí, ¿no? Usted no come aquí, usted no duerme aquí; usted tiene que vivir en algún otro sitio.

CARCELERO. -Yo estoy aquí hasta las doce, hasta medianoche. A esa hora cierro esta mesa de modo que nadie pueda llegar a los botones, y salgo a la calle y voy por esta y varias calles más durante un rato, llegando después a una cama de un cuarto trastero. Caigo rendido en la cama, y duermo al instante, ya llueva, nieve o sople el viento, sea verano o sea invierno, tanto si alguien ha muerto allí durante el día como si todos siguen viviendo.

PEDRO. -Entonces voy a esperar hasta las doce.

CARCELERO. -¿De qué le va a servir?

PEDRO. -Lo mismo puedo esperar que hacer otra cosa. Lo mismo me da esperar a usted que a otro.

CARCELERO. -Bueno, siéntese entonces en ese banco. Desde luego, no está permitido, pero ya que usted se empeña... Le advierto que aquí no hay calefacción.

PEDRO. -No es para congelarse.

CARCELERO. -Pero pase [o que pase aquí esta noche, no diga palabra. ¿Me lo promete usted?

PEDRO. -Se lo prometo.

(Abre el libro. Lllaman a la puerta y entran dos PERIODISTAS.)

CARCELERO. -¿Qué desean ustedes?

PERIODISTA 1º. -Quisiéramos ver esta noche, aquí, a un condenado a muerte, a un ex condenado, podríamos decir. Se llama Guillermo Streng. Es un tipo algo moreno que anda por los cuarenta años.

CARCELERO. -Aquí hay muchos condenados a muerte, y, si no me lo describen mejor, no puedo saber a quién se refieren. El nombre no me dice nada; aquí, en general, el nombre no aclara nada. Si ustedes supiesen el número, cambiaría la cosa, pues, naturalmente, utilizamos números para poder llevar un control ordenado.

PERIODISTA 1º. -Pero ¿es que no ha leído usted los periódicos de la tarde?

CARCELERO. -¿Qué dicen, pues?

PERIODISTA 2º. -Hablan del caso de un condenado a muerte inocente. Se tenía la intención de ejecutarlo hoy a la una, y, sin duda de ningún género, habría muerto de no haber surgido entre tanto un incidente que lo salvó.

CARCELERO. - ¡Ah, sí! ¿Qué ocurrió, entonces?

PERIODISTA 1º. -Pero ¿de veras no lo sabe usted?

CARCELERO. -No; si no, no se lo preguntaría.

PERIODISTA 1º. -Pues ocurrió que el verdugo que debía ejecutarlo se puso enfermo repentinamente a esa hora precisa y hubo que suspender la ejecución. Y entre tanto sucedieron nuevas cosas.

CARCELERO. -¿Qué cosas?

PERIODISTA 1º. -Pues que de pronto se puso en claro que este hombre era, en realidad, inocente.

CARCELERO. -¿Ah, sí? ¿Y cómo fue eso?

PERIODISTA 2º. El verdadero autor del crimen en cuestión se presentó hoy a mediodía al jefe de Policía local, y le demostró que él era el culpable. Ocurrió esto poco después que, con arreglo al programa, debía haberse realizado la

ejecución. Pero este hombre, que se llama Valter Sax, no lo sabía.

CARCELERO. - ¿Cómo se llamaba? ¿Está muerto, entonces?

PERIODISTA 1º. -Si. Se suicidó en el despacho del jefe de Policía inmediatamente después de confesar. Como le dije, no sabía que había sido aplazada la ejecución; de haberlo sabido, probablemente hubiera retrasado su confesión.

CARCELERO. -¿Por qué? ¿Querría, entonces, que muriera el inocente, el hombre que tenemos aquí?

PERIODISTA 2º. -Sí. Lo odiaba, y había amado a su mujer.

CARCELERO. -Sí, ya sabemos a dónde pueden llegar el odio y el amor. ¿La había amado, dice usted? ¿Murió ella, entonces?

PERIODISTA 1º. -Sí, la habían asesinado, pero todas las sospechas cayeron sobre el marido, que fue detenido y condenado a muerte.

CARCELERO. -Pero ¿cómo pudieron condenarlo siendo inocente?

PERIODISTA 2º. -Está claro: nadie lo supo hasta hoy.

CARCELERO. -Bien, pero ¿no sostuvo su inocencia delante del juez?

PERIODISTA 1º. -Sí, al principio; pero nadie se lo creyó. Luego fue cediendo ante las pruebas y lo confesó todo.

CARCELERO. -Pero ¿por qué confesó siendo inocente?

PERIODISTA 1º. -Eso nadie lo sabe aún. Habrá que preguntárselo a él cuando salga. Nadie se lo explica. Nadie puede saber nada hasta que Salga.

CARCELERO. -¿Salir? ¿Cree usted que el hombre de quien me está hablando va a salir por aquí, cruzar esta puerta, bajar estos tres escalones, pasar ante mi mesa y entrar en la sala, atravesar esa puerta que da a la escalera grande y después bajar la escalera y salir a la calle, caminar luego por la acera, doblar la esquina, ir por otra calle y luego por otra, desapareciendo después como si lo hubiese tragado la tierra, quizá para siempre? ¿Es esto lo que cree usted?

PERIODISTA 1º. -Claro, supongo que por ahí es por donde tiene que ir. ¿Por dónde va a ir, si no?

PERIODISTA 2º. -Porque esta es la salida de la cárcel, ¿no? Si nos hemos equivocado, tendrá que indicarnos en seguida el camino verdadero. Es un caso que nosotros no podemos perder, ¿comprende? Un caso como este ocurre quizá una vez cada siglo. Diga, ¿es aquí?

CARCELERO. - ¡Pchs!, qué sé yo. Yo, a esto, suelo llamarlo la entrada. Por aquí entran toda clase de tipos. Aprieto este

botón y se abre esa puerta de arriba de par en par. Suben la escalera y la puerta vuelve a cerrarse tras ellos con un breve golpe ligero y seco, quedando cerrada hasta que llega el siguiente y quiere entrar. (Llaman a la puerta.) Miren, ahí viene alguien. (Hablando bajo.) Miren, son tres tipos: el del medio está condenado; no hay más que verlo, ¿verdad? Los otros dos son policías vestidos de paisano. Cuando lo hayan dejado allá arriba, bajarán en ascensor y saldrán por la parte de atrás. Ya está. Ahora se cierra, la puerta de nuevo por esta vez. ¡Adiós! Miren, voy a decirles una cosa. Se refiere a esta puerta que yo tengo que cuidar y en la que quizá nadie, excepto yo, piensa. Es, por lo demás, una cosa curiosísima que hace de esta puerta una de las puertas más notables de toda la ciudad, de todo el país, incluso quizá de todo el mundo. Suba alguno de ustedes a mirarla, a ver si lo nota.

PERIODISTA 1º. -¡Bah!, es de roble, a lo que veo. Muy resistente, supongo. A los golpes y demás. Y lo mismo los cristales. Son a prueba de bala, ¿no? ¡Vaya con fa puerta! Pero este ha sido colocado recientemente, a mi juicio. Este cristal de abajo, junto al picaporte, ha sido pegado hace poco. Y es justamente el de abajo, junto al picaporte. ¿Qué significa eso? Alguno que intentó entrar o salir, quizá, y rompió el cristal para llegar al picaporte o a una llave, ¿no es así?

CARCELERO. -Exactamente. Uno que quería salir, pero que no contó con que hay que pulsar cierto botón para abrir esta puerta; uno que, sobre todo, no contó con mi fuerza, con mi rapidez, con mi bastón.

PERIODISTA 2º. -Alguno que intentó fugarse, en una palabra.

CARCELERO. -Eso es. Hace justamente un mes. Fue el número cuatrocientos diecisiete: cuatro, uno, siete. Oí de pronto ruido de cristales rotos. Me vuelvo inmediatamente y veo asomar una mano a través del cristal. Veo unos dedos largos y ensangrentados colgados sobre el picaporte, pero colgados como si estuvieran muertos, como si creyesen que ya nada había que esperar en esta vida. Cuando, después, fui hacia ellos con el bastón para, golpeándoles, hacerles soltar el picaporte, casi creí que iban a romperse de dolor. Luego, del otro lado de la puerta, llegó a mis oídos un fuerte ruido seco, y, abriéndola, vi al mozo tumbado en el suelo, revolcándose y gimiendo de tal manera que hacía pensar que, por lo menos, le había llegado su última hora: "¡Levántate!", le dije. Pero él no hizo el menor intento de levantarse. Entonces, claro está, re di unas cuantas pasadas con el bastón, por lo que pudiera suceder en un sitio como aquel, y al final se puso en pie. "¡Mírame a los ojos!", le dije. Al principio no quería. Pero después de volver a darle unas cuantas pasadas con el bastón, me miró, ¿Saben? Una

mirada que... una mirada... Bueno. ¡Santo Dios! ¡Santo Dios!
Les digo a ustedes que...

PERIODISTA 1º. -¡Pare! Espere un poquito nada más. ¿Se puede saber quién era el fugitivo?

CARCELERO. -Ya le he dicho que el cuatrocientos diecisiete.

PERIODISTA 1º. -El número no me dice nada. Dígame qué delito cometió.

CARCELERO. -El cuatrocientos diecisiete... Veamos... Mató a su mujer. Es un hombre que asesinó a su mujer; la mató simplemente con un hacha de carnicero. Luego ocultó el cadáver en el ropero. Un tipo algo nervioso, que parece que siempre está presentando excusas por todo... Y puede decirse que tiene cosas por qué pedir perdón también.

PERIODISTA 2º. -Tiene que ser él.

PERIODISTA 1º. -Seguro. Ese es nuestro hombre.

CARCELERO. -¿Creen ustedes que es ese el hombre a quienes esperan?

PERIODISTA 1º. El y nadie más que él.

CARCELERO. -Bueno, ¿y todavía no ha descubierto usted lo que tiene de notable esta puerta?

PERIODISTA 1º. -¿Lo que tiene de notable la puerta? ¿Lo que tiene de notable una puertecita de roble, una puertecita corrientísima, con ocho cristales, que se renuevan después de cada intento fracasado de fuga; una puerta con un cerrojo quizá extraordinariamente fuerte y un picaporte de latón corrientísimo?... Pero ¿qué curiosidad puede ofrecer todo esto?

CARCELERO. -Entonces se la voy a decir yo. Ahora aprieto este botón. Abra ahora la puerta, por favor. Mire después los dos picaportes. Compárelos. ¿Qué ve usted? ¿No observa usted cierta diferencia entre el picaporte exterior y el interior? Quizá observe usted que mientras el exterior está gastado, manchado, debido, evidentemente, al roce de manos y dedos, el interior está brillante y reluciente. Podría creerse, sencillamente, que es nuevo. Pues mire usted: no lo es en absoluto. Es tan viejo como el otro. Ha estado colgado siempre en esta puerta, por lo menos todo el tiempo que yo llevo aquí.

PERIODISTA 2º. -Es curioso. Curiosísimo. Tiene usted que explicamos esto con más detalle.

PERIODISTA 1º. -¡Espere un momento! Ahora comienzo a comprender. Ahora comprendo lo que usted quiere decir. Cuando hace un momento le preguntamos si esta era la salida, dijo usted que era la entrada, ¿no fue así?

CARCELERO. -Eso recuerdo.

PERIODISTA 1º. -Se extrañó usted muchísimo de que nosotros pudiésemos creer que saliese alguien por aquí. Usted no lo creyó en absoluto.

CARCELERO. -Y sigo sin creerlo.

PERIODISTA 1º. -Mire usted: yo creí que lo decía porque era, por decirlo así, cosa de la profesión. Hay enfermedades profesionales que se expresan con cinismo creciente. Ahora he de presentarle mis excusas por la sospecha.

CARCELERO. -No tiene importancia. Hay, sí, errores que no necesitan disculpa porque no estaría bien adivinar en seguida la verdad. Es el caso, ¿comprende usted?, que frecuentemente entran por aquí tres personas. Después, dos de ellas bajan en ascensor y salen por la puerta trasera.

PERIODISTA 2º. -¿Y la tercera?

CARCELERO. -La tercera, la que podríamos considerar que volvió por el mismo camino por donde entró, la que con sus dedos sudorosos podría manchar el latón del picaporte interior, esa no vuelve jamás. Se queda allí para siempre. Se le da un número. El número se recuerda durante cierto tiempo. Después se olvida. Figúrese, son muchos los que entran por aquí. Hay tantos números nuevos que recordar, que por fuerza se olvidan los viejos.

PERIODISTA 1º. -¡Qué cruel suena eso! Que uno pueda saberlo... e incluso aguantarlo.

CARCELERO. -Cá no se puede tampoco. Pero hay que hacer un poder. Y hasta hay quienes agradecen que sea así.

PERIODISTA 2º. -¿Y en qué actitud están los hombres?

CARCELERO. -Toman como ejemplo a las criadas.

Siempre es un picaporte menos que limpiar. Esto es mucho. Es cosa de agradecer. Son bellas personas estas de aquí. Personas corrientes, amables y diligentes, con escobas y trapos, y yo no conozco a na.die que agradezca más que los de aquí arriba el que no haya vuelta aquí.

PERIODISTA 1º. -Sube uno esa larga escalera de ahí fuera, entra en este sitio caliente, pasa por delante de su mesa y nota que todas las paredes tienen los ojos clavados en él. Sube estas escaleras: una, dos, tres. ¡Qué peso tiene que sentir en las piernas el que va por ellas por última vez! ¡Y se acabó! Aquí hay una puerta de roble que se abre de repente. Coge el picaporte y lo trae hacia sí. Y hay un corredor cuya súbita oscuridad deja a uno aturdido. La puerta se cierra detrás de uno. "¡Demasiado tarde! ¡ice la puerta-, ¡demasiado tarde!" "¡Demasiado tarde! -Dicen los duros pasos contra el piso de piedra-; decididamente, ¡demasiado tarde!" Las paredes y la oscuridad se tragan a uno, y todo

queda en silencio. Se ha ido uno, devorado por las tinieblas y el silencio. Desaparecido sin dejar rastro.

CARCELERO. -No, no puede usted pensar así; a pesar de todo, no puede usted pensar así. Nadie desaparece sin dejar huella. La rigurosidad tiene también un límite aquí como en todos los demás sitios.

PERIODISTA 1º. -¿De veras?

CARCELERO. -¿Ve usted esa portezuela de la pared?

PERIODISTA 2º. -Parece la puerta de un botiquín.

CARCELERO. -Pues esa portezuela comunica con un tubo, un tubo grueso que viene de algún lugar de arriba. A veces se oye ruido detrás de la portezuela. Voy allí y abro. Me encuentro con un paquete, un paquetito de color castaño oscuro atado con cordel blanco. Lo cojo y lo guardo aquí, en el cajón del escritorio, hasta que viene alguien a buscarlo.

PERIODISTA 1º. -Un paquete con ropa...

CARCELERO. -Exactamente. Un paquete que pesa cuatro kilos y medio. Quizá parezca extraño, pero el hecho es que siempre pesa cuatro kilos y medio: relojes, zapatos, zapatillas, abrigos, puños que han dejado de brillar, el último libro que alguno leyó, algunos recuerdos queridos: una fotografía con marco, un álbum de sellos, algunas cartas de despedida que jamás llegarán a su destino, una caja de puros

que jamás fueron fumados antes de producirse aquella circunstancia. Caben muchas cosas en cuatro kilos y medio; casi todo aquello por lo que vale la pena morir.

PERIODISTA 1º. -Y qué costumbre tan democrática: el asesino sádico, el atracador de bancos y el secuestrador de niños, todos dejan solamente los cuatro kilos y medio en objetos de cuero y tejidos, ¿no es así?

CARCELERO. -Sí, así es. Bueno, pensándolo más detenidamente, recuerdo que una vez (no recuerdo ya si fue hace diez o veinte años) vino un paquete de siete kilos. Me acuerdo de que, de puro extrañado, apenas pude levantarlo.

PERIODISTA 2º. -¿Qué contenía para pesar tanto?

CARCELERO. -Era para un hombre con un zapato ortopédico. Cuando su mujer vino aquí a recogerlo, estuvo a punto de caerse al ver lo pesado que era. Para que diga uno que siete kilos, ¡bah!, siete kilos no son nada.

PERIODISTA 2º. -¿No sintió usted lástima de ella?

CARCELERO. -¡Y bien que la sentí! Claro que me pareció que era una lástima que no hubiese tenido la idea de alquilar un taxi o traer consigo un carrito de mano.

PERIODISTA 1º. Bueno. Aquí tiene usted un periódico, si tiene ganas de enterarse de lo que nos ha traído aquí. Como

quiera que sea, yo me siento aquí y esperaré. ¿Se puede telefonar desde aquí, si es preciso?

CARCELERO. -"Si es preciso", puede usted utilizar este teléfono. (Se sientan. Silencio.) Ahora hay silencio en toda la casa. Pronto estarán todos dormidos. Se ha apagado la luz. Ya nadie pasea por su celda. Nadie lima las rejas. Nadie golpea la frente ensangrentada contra la pared. Nadie escribe con carbón o las uñas en las blancas paredes. Quizá alguno está dando vueltas en su cama, pero esto no se oye aquí. Puede ser que alguno no duerma y esté arrodillado en el suelo bajo la reja y pida en silencio su liberación. Quizá alguno ande rodando sobre las baldosas del suelo de su celda. Eso hace daño en la espalda, pero aquí no se oye. (Silencio.)

PERIODISTA 1º. -(Dirigiéndose a PEDRO.) ¿Qué espera usted aquí?

PEDRO. -¡Oh, nada! (Silencio.)

CARCELERO. -Pero ¿qué es eso? ¿No oyen ustedes? ¿No oyen ustedes nada?

PERIODISTA 1º. -Aquí hay como un silencio de tumba.

CARCELERO. -Viene alguien. Alguno baja por la escalera. Alguno baja despacio la escalera. ¿No oyen ustedes el ruido de los zapatos contra los escalones?

PERIODISTA 1º. -Hablando con franqueza, no oigo nada.

CARCELERO. -Ya ha bajado el que viene. Ya ha bajado la escalera. ¡Oh, viene hacia aquí! ¡Avanza por el corredor! ¿No oyen ustedes cómo resuenan los pasos de ahí dentro?

PERIODISTA 1º. -Sí, en efecto. Viene alguien. Pero anda tan suavemente, tan de mala gana, que parece como si no quisiera separarse de alguno que está dentro.

CARCELERO. -Ya está aquí. Está esperando a oscuras delante de la puerta. Está esperando a que yo apriete este botón para salir a la claridad. ¡Santo Dios; es cierto..., o estoy soñando! (Llaman a la puerta exterior; los PERIODISTAS esperan al pie de la escalerita. Se abren a un mismo tiempo la puerta exterior y la interior, y con la misma lentitud. El CONDENADO a muerte, andando suavemente, aparece en el rellano y se queda parado. Entra Eva en la sala y se detiene. Silencio. Todos con la tensión reflejada en sus caras, contemplan al CONDENADO a muerte.)

EVA. -¡Oh, es usted! Lo reconozco muy bien. Es usted el mismo. ¡Tiene que ser usted! (Yendo hacia los demás.) ¿Qué tal? ¿No se siente usted feliz? ¿No está alegre? ¡Oh, qué impresión tiene que hacerle el verse tan súbitamente libre, el sacudir ese peligro que le ha estado atormentando meses y meses. Todo el país toma parte en su alegría esta noche. Todo el país siente la misma emoción que usted. Por

dondequiera que uno vaya oye hablar de usted. Sí. Nadie puede dar un paso sin oír su nombre. Ya lo verá usted mismo cuando, dentro de un momento, salga a la calle. En los cafés es un murmullo de voces hablando de usted; en las calles, su nombre corre de boca en boca entre los desocupados. Los conductores de taxis inclinan la cabeza hacia los viajeros y comentan lo extraordinario del caso de usted. En los restaurantes, las muchachas más alegres susurran, riendo, su nombre, y dicen que ojalá lo tuviesen a usted esta noche con ellas, para demostrarle su entusiasmo. ¿Puedo hacerle una fotografía ahora? ¿Ahí? (Brilla una máquina fotográfica.) Cuéntenos algo de su dicha.

CONDENADO. -Dígame: ¿qué es lo que desea, concretamente?

EVA. -¿Qué deseo? Mi querido amigo, yo sé bien lo que quiero. Usted comprende que la gente que lee nuestros periódicos quiere saber lo que siente el que ha pasado por un trance como el suyo. ¿Puedo escribir que está usted muy contento esta tarde?

PERIODISTA 2º. -Desde luego, tiene que ser maravilloso verse libre.

CONDENADO. -¡Oh, perdone! Ya sé lo que usted desea. Me parece que todavía estoy durmiendo, durmiendo por vez primera desde hace mucho tiempo. Que estoy en medio de

un sueño largo y pesado. Diga a sus lectores que yo soy feliz por todo lo que me ha ocurrido hoy. Yo soy feliz; pero también estoy cansadísimo, como no se lo pueden figurar; tan cansado, que no sé apreciar debidamente mi dicha. Es como si pasara por muchos sitios oscuros y calientes. La realidad aún no ha entrado en mí, pero puedo sentir cómo va avanzando a tientas por mi cuerpo según voy andando, cómo quiere despertarme, cómo presiona en mí para abrir mi alma a la dicha. Diga a sus lectores que ha sido un tiempo duro, un tiempo de poquísima esperanza, pero menos desesperado cada vez.

PERIODISTA 1º. -Lo peor fue al principio, ¿no? ¿Qué le ayudó a soportado? ¿Hubo alguna esperanza invisible que lo mantuvo sereno?

CONDENADO. -Mis amables señores, estoy muy cansado esta noche. El principio está muy lejos. El principio es como un canal invisible bajo las brumas. Yo no sé del principio más que está lejos. Nada sé de lo que me ayudó a soportar, si fui yo mismo u otro dentro de mí, ni si aguanté sin desfallecer quizá. No me pregunte por el principio. No me pregunte tampoco por el medio: también me es difícil hablar nada sobre el medio. Todo el tiempo, ¿comprende?, ha sido oscuro. Todo ha sido invisible. Harto he tenido con abrirme paso hora a hora, minuto a minuto, segundo a segundo. No me pregunte tampoco por el final, porque sobre el final

tampoco puedo decir nada, porque sobre el final no sé nada. Únicamente que si esto es el final, es muy oscuro, es muy difícil ver nada; y que si esto es el final, está uno muy cansado de estar al final. ¿No le basta que le diga que estoy muy cansado, muy cansado, pero que soy muy feliz, muchísimo? ¿No puede usted preguntarme más otro día, otro día, cuando el final esté más concluido que ahora? Cuando todos los contornos se hayan fijado, de modo que yo pueda decir: "Esto pasó, y esto, y esto no pasó; esto fue fácil de soportar y esto fue muy duro; este dolor fue peor que el otro, pero el tercero fue el peor de los tres." ¿Otro día?

PERIODISTA 1º. -Entonces le agradecemos por esta tarde. Al mismo tiempo le felicitamos de parte de todo el mundo, ya que nosotros somos los primeros a quienes ve usted después de su salvación, supongo.

EVA. -¡Oh, nada más cierto! Hay un coche ahí fuera. Creo que lo espera a usted. Uno que espera ahí fuera me ha entregado esta tarjeta para usted.

CONDENADO. -Le invita una tarde a la Peña de... Peña de los Salvados.

EVA. -Oiga, suena el claxon llamándole a usted. Lo mejor es ir. Dígame, ¿puedo acompañarle en el coche, si va en mi dirección?

CONDENADO. -Naturalmente.

PERIODISTA 2º. -¿No podría ir yo también?

CONDENADO. -No faltaba más.

PERIODISTA 1º. -Yo me quedo a telefonar. Buenas noches.

TODOS. -Buenas noches.

PERIODISTA 1º. -¿Puedo pedir línea? Gracias.

T E L Ó N

ACTO SEGUNDO

Una tarde en la Peña de los Salvados. Una habitación íntima, privada, en un restaurante. Música y murmullo a distancia. La escena, a oscuras. Se oye abrir una puerta y entrar gente. De pronto, una luz suave. Al fondo, una mesa con servicio para seis personas.

CONDENADO. -¿Cómo he venido yo aquí? ¡Es todo tan confuso...! La música, el olor a vino y a flores. Alfombras mullidas que ahogan los pasos de runo. Piso de cristal, y no de tablitas de madera. Cuadros en las paredes, y no paredes desnudas. Voces de personas, y no susurros de animales. Mujeres, y no únicamente el crudo deseo de mujeres. Manos que estrechar, y no únicamente manos que morder. Labios que pueden abrirse para una sonrisa; labios que no solamente se aprietan. Una mesa servida que brilla a la luz. Y luz, mucha luz después de tantas tinieblas... Dígame, ¿cómo he llegado hasta aquí?

EXPLORADOR. -Recordará que vinimos en coche. Todos le recibimos fuera.

CONDENADO. -Sí, ahora recuerdo. Yo bajé por la escalera grande. Recuerdo que fuera había una luz extraordinaria. Soplaban el viento, pero era caliente, más caliente de lo que yo había pensado. Me extrañó ver brillar la calle después de un chubasco. Yo creí que todavía era invierno, ¿saben?, invierno como entonces. Yo creí que todo se había petrificado cuando ocurrió aquello, que nada había cambiado, que nada había ocurrido, que todo estaba como entonces.

CASI CRUCIFICADO. -Sin embargo, es maravilloso ver que, pese a todo, la vida sigue. Suceda lo que suceda, amigo, crucifixión, lapidación, coronación de espinas..., todas las primaveras florece el cerezo silvestre, los mimbrales echan brotes nuevos, las rosas llenan con su perfume nuestros jardines... Todo sigue. ¡Qué maravilloso!

CONDENADO. -¿Lo cree usted, lo cree usted de veras? Luego, abajo, en la calle, estaba el automóvil. Era un coche largo y negro, un coche de esos a los que parecen gustarle los entierros. Tan discreto, tan versado, tan dignamente afligido.

EXPLORADOR. -Sí, es un coche impecable. Lo tengo desde hace ocho años, y no se me averió jamás en todo este tiempo. Va como un reloj. Puntual como él. Suelo decir que es un coche en el que puedo confiar. Pero ¿qué estamos esperando? Bueno, vamos a sentarnos. Usted debe de tener

hambre y sed después de una prueba como esta, ¿no? Usted se sienta allí, en el extremo. ¿Sabe usted una cosa? Si pudiera verme en su lugar ahora, ¡cuánto comería y bebería!... ¡Me echaría hacia atrás en la silla y dejaría que las cosas bajasen por mi interior!... ¡Dejaría los zapatos sobre la alfombra y estirada a gusto las piernas ! ¡Y me llevaría a los labios, en medio del café, un puro gordo, que chuparía como un niño de pecho hasta mecer con el humo los pulmones! ¿Y sabe usted lo que haría después?

CONDENADO. -No, no tengo la menor idea.

EXPLORADOR. -Cerraría los ojos y me echaría una siestecita, con todo el cuerpo en plena laxitud. Me echaría cómodamente hacia atrás en la silla. Todo sucedería, y yo me limitaría a dejarlo caer sobre mí como una lluvia torrencial. ¿Sabe usted?, se abriría, por ejemplo, una puerta. Vendría alguien andando de puntillas. Avanzaría por la alfombra hasta llegar junto a mí. Y yo no haría más que cerrar los ojos más aún y pensar: "Serán mujeres andando sobre alfombras, tan suavemente, tan furtivamente, tan seguras de verse amadas pronto." Y después: "¡Es sentir un brazo alrededor del cuello de uno! ¡Es ser acariciado! ¡Es caer dulcemente sobre un cuerpo blando debajo de uno!" Enero, febrero, marzo, abril. ¡Cielos, usted no ha visto una mujer desde hace cuatro meses!

CASI CRUCIFICADO. -Era invierno cuando ocurrió. Justamente en el tiempo más frío. Los gorriones caían helados del tejado de la iglesia. Lo recuerdo muy bien.

DUELISTA. -Esto me recuerda los duelos en la nieve. Figúrese, cuando hay hielo en la culata y uno se resbala en el momento más decisivo. Una vez, estando yo...

CONDENADO. -Cuatro meses. ¿Fueron, en realidad, cuatro meses solamente? La tercera parte de un año. La ducentésima parte de una vida. Doscientos bocados de estos. ¿Es realmente tan larga la vida?

EXPLORADOR. -Sí, cuatro meses; lo sabe usted muy bien. Ahora los días van para arriba. Las tardes son cada vez más largas. En una palabra: estamos en primavera y, personalmente, oreo que es un gozo vivir. (El PESCADOR DE RÍO le susurra algo al oído.) ¡Oh, perdón! Estoy aquí sentado, aburriéndole con mi charla. Ya hablaremos después. Ahora hay que meterse algo al colete. Permítame que, como hermano mayor de la Peña de los Salvados, le dé la bienvenida a esta reunión que hemos preparado esta tarde no con la intención primordial de comer y beber y pasar unas horas en alegre y confidencial compañía, sino, ante todo, con fa especial intención de homenajear a un hermano cuyo cambiante destino hemos seguido con admiración constante. ¡A su salud! (Beben y comienzan a comer. Un momento de silencio.)

CONDENADO. -Perdonen, pero ¿quiénes son los señores? Tienen ustedes que comprender una cosa: la súbita liberación, este largo y extraordinario viaje en coche y luego el restaurante con sus ríos de luz, con sus recuerdos de todo aquello que debiera realmente estar olvidado para siempre, me han dejado completamente aplanado. Siento como si hubiese recibido un golpe. Es algo así como si me hallase en tierra extraña y no comprendiese nada de lo que sucediera en torno mío. Al hablar emplean ustedes párrafos muy largos. Yo me he acostumbrado a frases cortas que no hay manera de entender al revés. Después de la condena nadie ha hablado tanto conmigo.

CASI CRUCIFICADO. -¿No tuvo usted ningún sacerdote en la prisión?

CONDENADO. -No, no lo tuve.

EXPLORADOR. -Nosotros somos los salvados, ¿sabe usted? Usted recibió esta tarjeta, ¿no?

CONDENADO. -Sí, por cierto. Me la entregó una mujer. La tuve un momento en la mano, como se tiene a un pájaro. Y pensé: "Mira, casi una carta. Alguien me ha enviado casi una carta."

PESCADOR DE RÍO. -¿Sufrió usted una desilusión al ver lo que era?

CONDENADO. -En absoluto. Quizá les extrañe, pero tan solo me quedé atónito. Me acusé de haber cometido una equivocación fatal en la lectura, una equivocación que se debía al no haber leído durante mucho tiempo.

CASI CRUCIFICADO. -Pero ¿no tenía usted libros en la celda? Yo mismo formo parte de un comité que se ocupa de extender entre los condenados a muerte la costumbre de leer. Una labor difícil, pero magnífica, magnífica.

CONDENADO. -!No leí nada! Por eso estaba deshabituado entonces. Yo miraba la tarjeta y pasaba los ojos por las letras. "La Peña de los Salvados -pensé-. Estoy invitado a la Peña de los Salvados. ¿Qué voy a hacer yo allí? ¿Qué es lo que quieren de mí? Digan de mí lo que sea, piensen lo que piensen de lo que he hecho y de lo que no he hecho, harían muy mal, sin embargo, si dijese que yo he sido salvado. Yo no he sido salvado." Miren ustedes, no ocurrió nada de eso. Fue algo completamente distinto.

EXPLORADOR. -Bueno. Pero ahora vuelve usted a estar bien. Lo que ocurrió es, simplemente, que usted leyó mal. Una lectura un poco defectuosa no es para descorazonarse.

PESCADOR DE RÍO. -Pero ¿qué pensó usted luego, cuando leyó bien?

CONDENADO. -Nada de particular. Simplemente lo tomé por lo que era. Una invitación. Comida. Bebida. Calor.

Conversación. "Magnífico -pensé-. Es estupendo estar salvado."

EXPLORADOR. -¿Verdad? Yo creo que es deliciosísimo. Ya ve, todos los que estamos aquí somos salvados. En realidad, nosotros somos muchos más de los que hemos acudido aquí esta tarde. Somos varios centenares. Podemos llenar cualquier local de la ciudad. Muchas personalidades del país pertenecen a esta asociación. Nombres famosos que están diariamente en labios de la gente. Pero los cinco que estamos aquí tenemos algo especial todavía. Pertenecemos al círculo interior, al círculo más íntimo. Nos reunimos todos los jueves, y comemos, bebemos y hablamos de lo que nos ocurrió.

CONDENADO. -¿Qué ocurrió, entonces?

EXPLORADOR. -Pues eso, que fuimos salvados.

CONDENADO. -¿Salvados de qué?

EXPLORADOR. -De la muerte, claro.

PESCADOR DE RÍO. -Sí, todos hemos sido salvados de la muerte.

DUELISTA. -Me acuerdo de un duelo en medio de una lluvia torrencial. Había estado lloviendo todo el día, y mi testigo tenía los pies empapados, y además estaba resfriado. No se quitaba el pañuelo de la cara y apenas podía hablar. "Un

testigo resfriado -recuerdo que pensé durante media hora-, un testigo resfriado, ¡jamás! ¡Que se vaya a infierno!" Y...

CONDENADO. -¿Qué hubo entonces de especial en la salvación de ustedes?

EXPLORADOR. -¡Oh, ya lo creo! Son maravillosas, ¿comprende? ¡Magníficas! ¡Salvaciones extraordinarias! Las salvaciones más sobresalientes del país. Voy a empezar por la mía con la máxima modestia. Yo soy explorador.

CONDENADO. -¿Qué ha descubierto usted? Puede que no haya descubierto nada que no estuviera descubierto ya.

EXPLORADOR. -¿A quién ha oído usted eso? Yo sé que tengo mis envidiosos. Yo tengo mis adversarios, que dicen que no tengo nada de explorador. "¿Qué ha descubierto? -se preguntan-. Ha visto lo que tantos otros han visto antes que él. Las tierras restantes ya no son peligrosas: regiones visitadas que ya figuran en los mapas, y cuyos leones han sido cazados todos, y cuyos indígenas son ya seres pacíficos, y en las cuales solo hay cocodrilos disecados." Pero eso no es cierto. Detrás de esas palabras no hay más que envidia y hostilidad.

CONDENADO. -¡Oh perdone! No fue esa mi intención. De ninguna manera pensé así. Es evidente que no es necesario morir para ser explorador.

EXPLORADOR. - ¡Claro que no! No es preciso morir para eso. Un explorador no necesita ir siempre a sitios nuevos. Yo he viajado mucho, puede creerlo, y es un error decir que yo he evitado siempre los peligros durante mis viajes. Antes de marcharse usted de aquí tendrá la amabilidad de ver un mapa que cuelga de la pared, un mapa de África, donde figuran mis rutas de viaje señaladas en rojo. No crea lo que dice esa gente. Yo he pasado mucho. He matado muchos animalitos con azagayas. Semanas enteras he estado curando enfermos en las tiendas de los nativos, sin más esperanza que la de ser envenenado en las comidas. Si algún día tomamos juntos un baño turco, verá usted una marca, una cicatriz roja redonda pegadita al ombligo por la parte de abajo.

CONDENADO. -¿Ah, sí? ¿Cómo le ocurrió eso?

EXPLORADOR. -Es una historia muy corta. Corta, pero sangrienta. Es la historia a la que debo el estar sentado aquí esta tarde.

CONDENADO. -La historia de su salvación.

EXPLORADOR. - Exactamente.

DUELISTA. -Para eso tenía que haber presenciado usted el duelo contra La Cristo. Aquel fue un duelo. ¡Qué duelo, Dios santo! El primer disparo falló. El segundo me dio en el

ombbligo. ¡Dios, ese agujerito está hecho como para una bala!

CONDENADO. -(AL EXPLORADOR.) Pero ¿qué fue lo que le pasó a usted? ¿Le hicieron a usted un agujero debajo del ombbligo?

EXPLORADOR. -De dos centímetros de diámetro. ¿Conoce usted África?

CONDENADO. -Jamás he estado allí. No he pisado nunca su suelo. Primero, porque no tenía gana ninguna, y, en segundo lugar, porque cuando comencé a sentir deseos de ir a África era demasiado tarde.

PESCADOR DE RÍO. -¿Cómo le vinieron esos deseos?

CONDENADO. -Fue en la cárcel. En mi celda. Una noche de luna, estando despierto, descubrí un mapa en la pared. Alguien había dibujado aquel mapa con un punzón o la uña. Era un mapa de África. A la luz de la luna se veía muy bien el contorno, lo recuerdo bien. Al Norte estaba Casablanca. Vi entonces que aquello representaba un viaje. "Casablanca, dieciocho de octubre -decían unas letras famélicas-. San Luis, tres de noviembre. El primero de diciembre, aquel desconocido estaba en Lagos. El día de Navidad, en Ciudad de El Cabo. El día de Año Nuevo, en Port Elisabeth. A principios de enero -creo que el siete- llegaría a Beira." "Frío en Beira", leí. Fiebre. Quinina. Después, el diecisiete del

mismo mes, Zanzíbar. En el mar, frente a Zanzíbar, había una cruz. "Por la mañana", decía. Solo esto: "Por la mañana". En esto, a la luz de la luna, subió por Madagascar una araña y desapareció Tanganika arriba. De pronto quedó todo a oscuras.

EXPLORADOR. -¡Oh, las arañas! Jamás las he podido aguantar. Bueno, como le iba diciendo, me hicieron prisionero allá. Era una tribu que estaba menos pacificada de lo que se decía. Me ataron a un palo delante de una hoguera. En ésta ponían al rojo las puntas de la lanza, y según salían así del fuego, me las clavaban en ese sitio debajo del ombligo.

CONDENADO. -¡Qué terrible! ¿Cómo lo aguantó?

EXPLORADOR. -Como un hombre, claro.

CONDENADO. -¿Y cómo soporta eso un hombre?

EXPLORADOR. -Yo apretaba los dientes. No dejé escapar ni un sonido fuera de aquellas barreras.

CONDENADO. -¡Muy valiente!

EXPLORADOR. -¿Sabe usted lo que pensaba? Durante todo el tiempo no hacía más que pensar: "¡Aguanta! ¡Aguanta!- ¡Aunque tengas que morir, muere aguantando!"

CONDENADO. -Sí; así es como hay que morir.

EXPLORADOR. -Estuve aguantando todo el tiempo. Me sentía quemar. Flotaba fuera de la vida, y soñaba que estaba nadando en un mar de fuego. Creía que ya estaba muerto; creía que había dejado todo detrás de mí, cuando de pronto, a través de todos los dolores, a través de la hoguera y de la sangre que se me quemaba, llegó a mi conciencia el ruido de una descarga en aquel lugar. Gritos de terror salvajes. Alaridos de los moribundos... Unos soldados habían visto la situación en que me encontraba y vinieron en mi ayuda. Señores, ¡seguía "aguantando" cuando llegó la ayuda! ¡Seguía en pie cuando las bayonetas cortaron las cuerdas! Si, alguna vez tomamos juntos un baño turco, le enseñaré el agujero que tengo debajo del ombligo.

CONDENADO. -Aquí hay un hombre que habla de duelos.

DUELISTA. -Siempre me están interrumpiendo. Como si ya supiesen todo lo que hay que saber acerca de los duelos. ¿Qué sabe usted de duelos, por ejemplo?

CONDENADO. -En realidad, nada. Jamás he tenido un duelo. Pero no está mal que dos tipos se pongan de acuerdo para dispararse unos tiros. El que muere, pierde. ¿No es así?

DUELISTA. -Entonces sabe usted algo de duelos. Usted sabe algo acerca de morir.

EXPLORADOR. -Cuéntenos ahora cómo se salvó. Para esto precisamente hemos venido aquí.

DUELISTA. -¿Cómo me salvé? Primero hay que saber algo de duelos. ¿Saben ustedes lo que es batirse en un desierto, batirse desnudo en un desierto a sesenta grados, o batirse en un hoyo, en un hoyo negro como el carbón? Las gotas de agua caen sin cesar, y uno sólo espera el tiro que viene de la oscuridad, de manera que uno mismo tiene que resolver sobre la dirección verdadera... O batirse en un tejado. Toda la ciudad está silenciosa a los pies de uno. El ruido de la vida infantil sube de allí debajo como un coleóptero gigante. Uno mismo está sobre todas las cosas, solo con la muerte y su pistola.

CONDENADO. -¿No tiene usted miedo nunca?

DUELISTA. No, yo nunca tengo miedo. Trato con la muerte siempre que puedo. Es muy aleccionador. ¿Sabe una cosa?

CONDENADO. -¿Se refiere usted a mí?

DUELISTA. -A usted mismo. A usted y a nadie más. ¿Sabe cuál es mi opinión sobre usted? Formé mi juicio sobre usted tan pronto lo vi esta tarde en la escalera. Vi algo en su manera de bajar la escalera que me produjo una sensación especial. Parecía que anduviese usted lentamente, sí, pero sin la menor vacilación, los veinte pasos del duelista. "He aquí un hombre -pensé- que, con toda certeza, no se batió jamás, pero que instintivamente, sin embargo, adivina lo que significa hacerlo."

CONDENADO. - ¿De veras pensó usted así?

DUELISTA. -Sí, pensé.

CONDENADO. -Pero hace un momento no habló usted así. Acaba usted de decir que yo no tenía la menor idea de eso.

DUELISTA. -Estaba irritado por las interrupciones que hacían personas que ni por asomo saben lo que es un duelo, ¿comprende usted?

CONDENADO. -Sí.

DUELISTA. -Tengo mi juicio sobre usted. Tiene usted cara de duelista. Dígame, ¿puedo dispararle?

CONDENADO. - ¿Cuándo?

DUELISTA. -Mañana, a las once. Tenga esta pistola. Yo tengo otra.

CONDENADO. -¿Dónde?

DUELISTA. -Detrás del cementerio. Junto a las tumbas de los santos. Hay allí un prado pequeño sombreado de robles. El bosque forma como un paraguas sobre uno. Está lejos de poblado y nadie oirá los disparos. Si alguien los oye, creerá que es uno que está cazando. Es un sitio estupendo. Allí me salvé yo una vez.

CONDENADO. -Usted tuvo que haberse salvado muchas veces.

DUELISTA. -Sí; pero nunca como entonces. Me enfrenté al tirador mejor del mundo. Un conde de Portugal.

CONDENADO. - ¿Qué tuvo usted para batirse con él?

DUELISTA. -¿Tener? ¿Qué quiere usted decir? Éramos los mejores amigos del mundo. Sepa usted que no se bate uno porque tenga una diferencia que arreglar.

CONDENADO. - ¿Por qué se bate uno, entonces?

DUELISTA. -Pues porque uno quiere salvarse.

CONDENADO. -¿De esa manera?

DUELISTA. -Era el mejor tirador del mundo. Fuimos allí en un coche de punto mi testigo y yo. Paramos en un sendero de robles, a diez minutos del sitio. Todo el tiempo estuvo lloviendo. Fue durante el crepúsculo. Andaba por allí un individuo con una pila de bolsillo buscando setas. "¡Váyase de aquí -dijo mi testigo-, que anda suelto por estos parajes un perro rabioso!" Al acercarnos al sitio señalado comencé a sudar copiosamente, cosa que nunca me había ocurrido antes. Mi corazón palpitaba con fuerza e irregularmente. Tuve que apoyarme un momento contra un árbol. La lluvia caía cada vez más copiosa, bajando por mi espalda caliente. Cuando llegamos al prado, ya estaban allí los otros. Sin decir

ni media palabra nos juntamos y volvimos a separarnos. Tenía que andar veinte pasos, nada más que veinte pasos. Pero era terrible. Era como trepar por pendientes rocosas pronunciadas. Me parecía que arrastraba cadenas. El sudor corría al menor movimiento. Reinaba un silencio total. Solo las hojas recién caídas hacían ruido bajo nuestros pasos. Y entonces ocurrió que, al paso quince, comenzó de pronto un ave a cantar en un roble que estaba justamente delante de mí. Dirijo mis ojos allí y veo un gran pájaro rojo, un pájaro que jamás había visto antes, posado en una rama y cantando. Cantando, ¡pero no como cantan las aves conocidas. No. Era un canto espantoso. Daba pánico ¡tan estridente, tan claro, tan de mal agüero era! Al paso dieciocho echo una rápida mirada atrás y veo cómo temblaban las manos del conde; parecía como si estuviera llorando. Después todo terminó repentinamente. Paso veinte. Suena un disparo. Ha tirado él. Tiro yo, y cae él de bruces en el prado. Entonces, con estupor inaudito, veo que no estoy herido. Al mejor tirador del mundo le ha fallado el tiro. Yo he sobrevivido al duelo. En esto, oigo detrás de mí un gemido. Me vuelvo y veo al pájaro tumbado en la hierba, sangrando. Le había tirado al pájaro en vez de tirarme a mí.

CONDENADO. -¿Y qué fue del conde?

DUELISTA. -Murió, claro está. No había nada que hacer.

CONDENADO. -También había uno que hablaba de crucifixión.

CASI CRUCIFICADO. -Bueno, crucificado no he sido nunca. Hablando con exactitud, todavía no lo he sido. Ahora se crucifica rarísimas veces.

CONDENADO. -¿Cómo lo soportaría si le sucediese en realidad?

CASI CRUCIFICADO. -¿La cruz, quiere usted decir?

CONDENADO. -No. Me refiero a todo.

CASI CRUCIFICADO. -Como un hombre, desde luego.

CONDENADO. -Claro. Así es como hay que llevar la cruz.

CASI CRUCIFICADO. -Bueno, completamente inexperto no soy, si se refiere usted a esto. Ciertamente, no he sido crucificado, pero estuve a punto, ¿sabe? Yo he llevado una cruz en cierta ocasión.

CONDENADO. - ¿Mucho trecho?

CASI CRUCIFICADO. -Ochocientos metros. Yo soy misionero de nacimiento. Quizá ya lo haya observado usted en mi mirada. Nosotros los misioneros tenemos, por fuerza, una mirada especial, ¿sabe? Aguda, sin ser cortante; ardiente, sin asustar con su fuego.

CONDENADO. - ¿Qué clase de cruz llevó usted, entonces?

CASI CRUCIFICADO. -Una cruz de cedro, si mal no recuerdo.

CONDENADO. -No; eso no se le olvida a usted. Eso no lo olvidará usted jamás.

CASI CRUCIFICADO. -No, jamás lo olvidaré ¡Fue tan maravilloso! ¡Tan misterioso y tan maravilloso!...

CONDENADO. -¿En qué fue maravilloso, entonces?

CASI CRUCIFICADO. -Fue maravilloso sufrir, ¿comprende usted? Sufrir como Él sufrió una vez. Ocurrió esto hace tiempo, muchísimo tiempo. En un sitio donde su nombre era tan bueno como desconocido. Tuve que vencer la resistencia, una gran resistencia incluso. Vencí muchos obstáculos, pero muchos otros quedaron sin vencer. Sé que me miraban con desconfianza y odio, por su parte. Una vez había una serpiente venenosa. Otra, pusieron en mi balcón, durante la noche, la cabeza putrefacta de un animal sacrificado. Un día encontré mi Biblia hecha trizas junto a mi ventana. "Bien -pensé-, este es el sufrimiento que uno tiene que soportar." Pequeños sufrimientos que son mucho peores que los grandes. Yo, ¿sabe usted?, deseaba un sufrimiento grande de verdad, un sufrimiento que de pronto me hiciese digno de Él. Y llegó una noche en que me desperté al oír ruido de pasos frente a mi casa. Voces excitadas rasgaron el silencio. De pronto me sobresalté:

llegó a mis oídos un grito que me llenó, al mismo tiempo, de gozo y de dolor. Alguien gritaba en la noche: "¡Suelta a Barrabás!" Luego comenzaron a resonar golpes de hacha contra las puertas de la casa. Penetraron en ella y me sacaron del lecho a rastras. Fuera seguían profiriendo las mismas palabras, las mismas maravillosas palabras. El asentimiento era cada vez mayor. Me llevaron a cierta distancia de la casa y me mostraron la cruz. La habían levantado en una pequeña tribuna que habían construido en el mercado durante la noche. "¡Oh pensaba yo, lleno de júbilo. ¡Yo no soy Barrabás! ¡Han soltado a Barrabás, pero a mí me han prendido!" Luego me asusté de la blasfemia y me incliné humildemente en el momento en que cargaban la cruz sobre mis espaldas. Era pesada. Apenas podía levantarme. Me ayudaron a ponerme en pie. Me dieron codazos para que echara a andar. Delante iba un hombre alumbrando el camino con una antorcha. Entonces pensé: "Este es el sufrimiento grande, el sufrimiento delicioso. El sufrimiento que es digno de mí." Recorrí ochocientos metros en dos horas. La gente caminaba a mi lado y detrás de mí, burlándose y golpeándome con látigos pequeños. Me enseñaban los clavos y el martillo que habían de introducirme en las manos. Me pinchaban con los clavos y me golpeaban la punta de los dedos con el martillo. Atravesamos un campo. Las flores y los árboles llenaban de

perfume la noche. "Vas a morir me decía a mí mismo-, vas a morir; pero todo esto sobrevivirá."

CONDENADO. -¿Le consolaba eso?

CASI CRUCIFICADO. -Sí. Eso me decía todo. De pronto se oyeron nuevos gritos en la noche. La ruidosa multitud que me rodeaba se alarmó. Sonaron disparos a distancia. El hombre de la antorcha echó a correr por el campo. Súbitamente se acabó toda esperanza. La multitud se dispersó corriendo en todas direcciones. Me dejaron solo con mi cruz en medio del campo. Allí pasé toda la noche, solo, bajo mi pesada cruz. Fue la noche más dura, más fría y más feliz de mi vida.

CONDENADO. -¿Por qué la más feliz?

CASI CRUCIFICADO. -Verá usted. Ante todo, yo era feliz por sufrir; me sentía feliz porque por fin había alcanzado un sufrimiento del que podía quejarme sin avergonzarme; era feliz porque, por fin, había sido librado de los sufrimientos mezquinos que hasta entonces me habían atormentado. Y era feliz por una cosa más:

CONDENADO. -¿Qué cosa era esa?

CASI CRUCIFICADO. -Era feliz porque me había salvado, claro está.

CONDENADO. -¿De veras se sintió feliz por haber sido salvado?

CASI CRUCIFICADO. -Sí.

CONDENADO. -¡Ah, vamos! (Comen y brindan. Un momento de silencio). Hay aquí también un hombre que no ha contado nada de su salvación. El hombre que está junto al Explorador. ¿Por qué no nos cuenta usted algo? Todos los demás ya lo han contado.

PESCADOR DE RÍO. -¡Bah! Yo no tengo nada que decir.

CONDENADO. -¿No ha sido salvado usted, entonces?

PESCADOR DE RÍO. -Si así no fuera, no estaría sentado aquí.

CONDENADO. -En ese caso, ¿por qué no nos cuenta usted?

PESCADOR DE RÍO. -¡Bah! la cosa no tiene importancia.

EXPLORADOR. -¡Ya lo creo que la tiene! Este amigo mío se llama el "Viajero de los Rápidos". El nombre ya indica dónde estuvo, A mi juicio, su salvación no es menos milagrosa que la de cualquiera de nosotros. Fue en tiempos un deportista de la pesca, uno de los más famosos del país.

CONDENADO. -¡Fue! ¿Ya no lo es?

PESCADOR DE RÍO. -Mire usted esta manga. Está vacía, ¿comprende? Un verdadero deportista de la pesca necesita dos brazos. Uno es demasiado poco, no es nada.

EXPLORADOR. -Nuestro amigo estaba pescando en un río, en un río ancho e impetuoso, donde flotaba mucha madera. Estaba metido en el agua, y en esto siente que pica un pez. Y no vio el tronco...

PESCADOR DE RÍO. -¡Por Dios, no hablemos de eso! Siempre está usted con lo mismo. ¿Por qué tengo que volver a vivir una y otra y otra vez aquel momento? ¡Basta una vez!

EXPLORADOR. -Sí; pero, querido amigo, fue una cosa muy dramática. No importa. Ya lo creo que se puede hablar de ello. ¿Crees tú que los demás no sufrimos? Te aseguro que sí.

PESCADOR DE RÍO. -Entonces permítanme que lo cuente yo mismo. Vino el tronco con todas las de la ley. Y yo bajé por los rápidos abrazado a él. Otros dos troncos me arrancaron el brazo. Después sentí la alegría de haber sido salvado.

CONDENADO. -¿De veras se alegró usted?

PESCADOR DE RÍO. -Sí, naturalmente. Era lógico. Es natural que uno se alegre de verse salvado.

CASI CRUCIFICADO. -Claro que sí.

EXPLORADOR. -Bueno; no hay por qué discutir. Uno se alegra, y en paz.

DUELISTA. -Recuerdo un duelo que...

EXPLORADOR. -Bueno, ahora le toca a usted. Ahora le toca al Condenado a muerte.

CONDENADO. -¿Qué es lo que me toca?

EXPLORADOR. -Contarnos algo, claro está. Es lo que hacemos nosotros en esta peña. Sentimos mucha curiosidad por las salvaciones.

CONDENADO. -¿No lo saben ya ustedes todo? Los periódicos han hablado de ello. Allí suele venir todo.

EXPLORADOR. -Sí, desde luego. Sabemos lo que ha ocurrido en realidad. Conocemos los hechos, naturalmente. Pero, por lo demás, no sabemos nada. Nada acerca de lo que usted sintió, por ejemplo. ¿No podemos preguntarle si nos quiere contar?

CONDENADO. -¡Oh, si es necesario, pregunten! He bebido un poquito de más, creo: Aquí se está de maravilla, pero si quieren preguntar, pregunten. Cuando quieran... ¡Atiza! ¿Qué significa esta silla vacía aquí a mi lado? ¿Quién va a sentarse en ella? Primero tengo que saber esto.

EXPLORADOR. -¡Oh, tómelo con calma! En seguida lo verá. Una pequeña sorpresa, una sorpresa un poquito agradable, casi diría yo. Pero ¡cuéntenos!

CONDENADO. -¿Qué?

EXPLORADOR. -Diga ¿cómo fue? ¿Llegó usted a ver al verdugo antes de que este sufriese el ataque?

CONDENADO. -Entramos por una puertecita de roble. Pero antes habíamos ido mucho tiempo en ascensor sin ninguna puerta. Luego nos vimos de pronto en medio de la sala. Me asombraron sus dimensiones. Estábamos en el centro de ella. Era una sala fría, desnuda y vacía. Al principio, creí que estaba completamente vacía, pero luego observé que estaba rodeada de tribunas. En una pequeña altura en el fondo de la sala estaba el patíbulo. Brillaba a la fría luz de la lámpara. De pronto me encontré en aquel estrado. Estaba allí sin saber qué hacer. Ya no había nada que hacer. En torno mío, silencio. En esto oí un ruido en un lugar de la sala y levanté los ojos. ¡Dios santo! ¡Las tribunas estaban llenas de gente! ¡De gente que escribía en su cuaderno de notas y me miraba! ¡De gente que se limpiaba los dientes y me miraba! ¡De gente que afilaba sus plumas en la balaustrada o hacía ruido con los bolsos! Una señora gorda pelaba una naranja mientras me miraba, pensativa. De pronto me vi sin fuerzas para aguantar tanta mirada. Quise librarme de ellas pero,

por otra parte, tampoco tenía nada que ver en ningún otro lado. Entonces la descubrí.

EXPLORADOR. -¿A quién descubrió?

CONDENADO. -A mi madre.

CASI CRUCIFICADO. -¡Ah! Tiene usted madre.

CONDENADO. -Pero, ¿comprende usted?, no encuentro su mirada. Es catastrófica. Ella mira obstinadamente al suelo. Mira las peladuras de naranja, que siguen cayendo sin cesar. Entonces cruje una puerta. Se abre una puerta invisible antes, y entra un individuo en el estrado.

EXPLORADOR. -El verdugo, claro.

CONDENADO. -Era un hombrecito con traje deportivo y un antifaz negro que le tapaba la cara. Se dirigió rápidamente hacia mí. Le relucían los ojos a través de las fisuras del antifaz. "Prepárese", me dijo en voz baja y aprisa, redondeando los labios como si fuera a silbar.

PESCADOR DE RÍO. -¿Qué sintió entonces?

CONDENADO. -¡Bah!, no se siente nada. Yo ya estaba listo. Y pensaba en mi madre. Intentaba captar su mirada..., pero era demasiado tarde.

CASI CRUCIFICADO. -¿Demasiado tarde? ¿Por qué era demasiado tarde?

CONDENADO. - Él ya había levantado la venda. Esta se deslizó por mi cara. Era de terciopelo. Muy suave. Parecía acariciarme.

EXPLORADOR. -¿Qué se siente cuando le vendan a uno los ojos. Usted sabía que en su vida ya no vería más que aquel negro terciopelo.

CONDENADO. -Me lastimaba la oreja.

PESCADOR DE RÍO. -¿La oreja? ¿Cómo así?

CONDENADO. -Es que, ¿sabe usted?, el verdugo tenía en uno de los dedos un anillo que me rozó varias veces la oreja mientras me ataba la venda en la nuca.

CASI CRUCIFICADO. -¿Y no sintió ninguna otra cosa? ¿Nada eterno?

CONDENADO. -Eterno, nada. Alguien dijo que yo había estado esperando cuatro meses en mi celda. Comprenderá usted que en este caso bastan cuatro meses para que uno deje de tener pensamientos largos. Entonces no puede pensar uno más que algunos centímetros seguidos. Uno va con mucha precaución a fa cueva de Dios, ¿sabe usted?, echando con mucho cuidado un pie delante del otro. Nada de saltos. Ningún avance temerario del cuerpo. Luego comenzó de pronto a oler a viruta. Era una cosa natural. Yo no veía nada, pero delante de la venda había una gran

tienda de circo. Los payasos saltaban por encima de maniquí. Sonó la música en la tribuna, y entonces salió del pasillo la pequeña caballista. Una tierna jovencita, conocida en toda la ciudad por su belleza y su sifilis.

EXPLORADOR. -Luego se salvó usted de la manera que hemos leído.

CONDENADO. -Sí, Juego me salvé.

PESCADOR DE RÍO. -Pero dígame una cosa: ¿qué fue lo que más daño le hizo a los oídos, aguantar el fuerte ruido que se produjo al procederse a la ejecución, al prepararse el patíbulo, clavarse las puntas, etcétera, o aquel súbito silencio que se hizo en la sala al entrar el verdugo?

CONDENADO. -Naturalmente, yo prefería el silencio mayor al menor, pero, por otra parte, aquello tenía poca importancia para mí. Quizá no lo sepa usted, pero después de una semana en una cárcel como la mía, descubre uno de repente cuánto silencio hay realmente en el mundo. Entonces descubre uno que el mundo está cubierto por un océano de silencio, un mar inmenso, implacable.

CASI CRUCIFICADO. -¿Por qué implacable?

CONDENADO. -Implacable, porque nadie puede hacer nada. Grita uno, y el grito se nota menos que una gota de agua que

cae en el mar. Que ruja el huracán, y su furia queda reducida a un ligero rizado.

EXPLORADOR. -Sí. No es preciso que entre usted en más detalles. Usted vive ahora. Usted ha sido salvado. Esto es lo principal para nosotros. ¡Brindemos! (Silencio.)

CONDENADO. -Pero ¿qué es esto? Dígame, ¿cómo he llegado aquí?

EXPLORADOR. -Vino usted en coche, ya se lo he dicho. Este viaje solo duró un cuarto de hora. Un cuarto de hora no es como para perder los estribos.

CONDENADO. -¿Por qué está vacía esta silla que está a mi lado? ¿Por qué se sienta usted ahí?

EXPLORADOR. -¿Cómo ahí?

CONDENADO. -¿Por qué es usted juez?

EXPLORADOR. - Yo no soy juez. Yo no soy juez. Le he dicho que yo soy explorador.

CONDENADO. -Entonces, ¿por qué está sentado usted como un juez si no lo es? ¿Por qué estoy sentado yo en el sitio del acusado? ¿Por qué me pregunta usted así?

EXPLORADOR. -Tranquilícese, querido amigo. No lo tome usted tan a pecho. Solo queremos saber cómo se salvó

usted. No tiene ningún peligro. Lo importante para nosotros es esto: ¿cómo se salvó usted? No hay nada de malo en ello.

CONDENADO. -¡Oh, perdone! De pronto se sintió mucho calor aquí. Ahora vuelve la normalidad.

PESCADOR DE RÍO. -¿Puedo preguntarle qué impresión le produjo, siendo inocente, ser declarado culpable y después ser condenado a muerte sin poder mover un dedo para refutar las pruebas?

CONDENADO. -Nada de particular. Al cabo de un tiempo me pareció una cosa corriente.

EXPLORADOR. -¿Corriente? ¿Qué quiere decir usted con eso?

CASI CRUCIFICADO. -No es posible sentir como de costumbre. Usted, forzosamente, tuvo que indignarse ante aquella cruel injusticia.

EXPLORADOR. -Sí, tenía que estar hecho usted una fiera en todo momento. ¡Quién no iba a estarlo en semejante situación!

DUELISTA. -Yo me hubiera batido. Yo hubiera desafiado a todos aquellos diablos a un duelo monstruo. Uno a uno. Era lo menos que se podía hacer.

CONDENADO. -Sí; al principio de mi encarcelamiento me mostraba rebelde. Pero no contra el juez, sino contra la mala comida, contra los continuos malos tratos.

EXPLORADOR. -Pero tenía que estar usted hecho una fiera un día y otro. Tenía que echar usted pestes ante el hecho de que, siendo inocente, iba a ser ejecutado en lugar del asesino. Es lo menos que puede pedirse: darse a todos los diablos.

CONDENADO. -(Levantándose.) Señor Explorador, señor Viajero de rápidos, señor Casi crucificado, señor Duelista, ¿puedo preguntarles una cosa?

TODOS. -¡Ya lo creo! ¡No faltaba más!

CONDENADO. -¿Sintieron ustedes compasión de mí cuando me interrogaban por el asesinato de mi mujer?

EXPLORADOR. -Yo, desde luego, no.

PESCADOR DE RÍO. -Comprenda usted, era tan extraordinariamente bestial el asesinato, que todo el mundo tenía que indignarse.

DUELISTA. -Si se hubiese cometido con pistola, por lo menos. Sería un trabajo limpio, bonito, bien hecho... Pero ¡así!

CASI CRUCIFICADO. -Yo, por mi parte, querido amigo, hubiera sido capaz de compadecerme, pues creo que todo

crimen hace brotar la compasión, pero solo, naturalmente, cuando el crimen se repara.

CONDENADO. -¿Están ustedes dispuestos, entonces, a compadecerse de mí?

EXPLORADOR. - ¡Naturalmente! ¿Cómo puede usted creer otra cosa, querido amigo? Esté usted seguro de nuestros profundos, cálidos y fuertes sentimientos. Haremos cuanto sea por usted. Prácticamente, todo.

CONDENADO. -¿De veras? Oiga, ¿qué clase de hombres son ustedes?

EXPLORADOR. -¿Cómo? ¿Por qué habla usted así? ¿Es que ve algo malo en nosotros?

CONDENADO. -¿Malo?... Yo no sé si es marlo odiar y aborrecer a un hombre en un segundo y compadecerse de él en el segundo siguiente, sin que ese hombre hubiese cambiado nada. ¿Cómo quieren ustedes que uno se fiase de la compasión de ustedes, cuando ni siquiera puede confiar en ella?

EXPLORADOR. -¡Ahí se equivoca usted! ¡Ahí le digo yo que se ha equivocado usted de medio a medio!

CASI CRUCIFICADO. -Querido amigo, evidentemente es usted el mismo de siempre. Pero tiene usted que reconocer que las cosas y los hechos que le afectan a usted han cambiado.

PESCADOR DE RÍO. –Sí, las pruebas eran tan abrumadoras que ¿quién iba a creer otra cosa que...?

CONDENADO. -¿Cómo podía estar usted seguro de que lo que decía la Prensa reflejando las declaraciones de la Policía eran verdad entonces?

CASI CRUCIFICADO. -Eso se supone siempre. La base de la sociedad es que todos pongan su confianza en lo que dice la autoridad sobre la criminalidad de los acusados.

CONDENADO. –(Indignado.) ¡Puedo pasarme sin la compasión de ustedes! ¡No la necesito en absoluto! A la segunda semana de estar en la cárcel descubrí que la compasión solo sirve para bar más dura la vida y sobre todo la muerte. Yo he aprendido a prescindir de todo, porque he estado en un lugar donde tenía que verme privado de todo. Yo he estado en un lugar donde la vida se presenta como una serie de equivocaciones sobre lo que debiera y no debiera hacerse. Yo he estado en un lugar donde de nada sirve irritarse, enfurecerse ni tener esperanza, porque la ley sigue su curso, y nada puede cambiarse. (Levanta su copa y bebe. Luego la pone con tal fuerza en la mesa, que le rompe el pie.)

¡Señor Explorador sin descubrimientos, señor Casi crucificado sin cruz, señor Duelista sin contrario, señor Viajero de rápidos sin rápido! ¿Qué saben ustedes de esto?

¿Han sido ustedes condenados a muerte alguna vez? Ustedes no saben lo que es esto. Ustedes saben lo que es estar en peligro mortal, pero con la salvación a la vista todo el tiempo. Todo el tiempo podía esperarse. Pero ustedes no saben lo que es vivir sin salvación.

Para mí no existía la posibilidad de ser salvado. ¡Para mí sólo había muerte! Ustedes comprenden que estar condenado a muerte es necesitar vivir también. Es tomar una decisión y tener ¡pensamientos y tener principios como los que viven. Además, ¿ustedes creen que un condenado a muerte inocente tiene que ser distinto de un condenado a muerte culpable, que es, como si dijéramos, un condenado a muerte de mejor clase? Pero no hay tal. Es la misma hacha, ¿verdad? El verdugo es tan implacable contra un cuello inocente como contra un cuello culpable. Y para terminar: a los ojos de todos los críticos, el inocente es tan culpable como el criminal.

EXPLORADOR. -Sí, pero, ¡qué diantre!, usted tiene que agradecer el verse salvado de una muerte segura.

Usted pudo no sentarse aquí y ser un cráneo menos esta tarde. Porque entonces no se habría sentado usted aquí, creo yo. (Entra LUISA sigilosamente por la puerta y se sienta en la silla vacía.)

CONDENADO. -¿Tengo que estar agradecido? ¿A quién tengo, entonces, que estar agradecido? A ustedes no, ya que me han condenado sin preguntar qué era lo que yo había hecho. Naturalmente, tengo que estar agradecido al Destino; pero al Destino, ¿de qué le serviría? Quizá tenga más motivo para ser desagradecido que agradecido.

CASI CRUCIFICADO. -Eso no lo entendemos. Eso no lo entiende ninguno de nosotros. ¡Explíquenoslo, si puede!

CONDENADO. -Pero ¿no comprenden ustedes, entonces, lo que ha ocurrido? A la una del día de hoy vivía yo en la más segura de las existencias: la del condenado a muerte sin culpa. Segura porque estaba fundada en el conocimiento de la inexorabilidad del mundo, en el conocimiento de que un hombre no es condenado a muerte por sus acciones, sino por la interpretación que otros hacen de las acciones de ese hombre. Y así me veo arrojado de pronto a esta existencia insegura, donde el lobo se vuelve de pronto cordero. Señor Casi crucificado, no debía molestarse tanto por haber acogido con frialdad mi salvación. Es la frialdad lo que constituye el más sólido fundamento de la conciencia, ¿sabe usted? Sin ella, lo tendría usted todo en la cabeza, señor Casi crucificado.

EXPLORADOR. -Estamos sentados aquí sin comer ni beber casi nada. Querido amigo, si supiera usted lo bien que le entendemos. Usted se ha pasado moradas. Nadie quiere

discutirle que no las haya pasado moradas. Usted estuvo en la cárcel y lo pasó mal por no tener un amigo a quien acudir, acusado del más cruel de los crímenes y al mismo tiempo atormentado por el conocimiento de la suerte de su mujer. Usted sabía que su mejor amigo había sido el amante y el asesino de su mujer. Muy amargo. Terriblemente trágico. Cualquiera se hubiera vuelto loco con tanto infierno junto. Pero ahora está usted sentado aquí en compañía de amigos alegres, y yo le pregunto: ¿hay algo más consolador para un alma deshecha que un vaso de vino y una conversación profunda? Y para estar a su lado en la silla antes vacía que está junto a usted. ¿Hay nada más dulce que una mujer joven, la consoladora, la amante? ¡Salud, Luisa! (El CONDENADO a muerte se sienta. Contempla detenidamente a la mujer. Silencio.)

CONDENADO. -Qué labios tan bellos. Como grandes frambuesas húmedas después de un chubasco.

LUISA. -¿Quiere usted cogerlas?

CONDENADO. -Quiero comerlas.

LUISA. -Puede hacerlo.

CONDENADO. -¿Con azúcar y crema?

LUISA. -Con todo el azúcar y crema que usted quiera.

CONDENADO. -¿Cuándo?

LUISA. -Ahora.

CONDENADO. -¿Aquí?

LUISA. -¡Sígueme!

CONDENADO. -¿Lejos?

LUISA. -Veinte pasos.

DUELISTA. -¡Y después, duelo! (Se levantan y se van. LUISA abre una puerta del fondo. Entra. Se oye girar una llave en la cerradura. El EXPLORADOR da una palmada en la mesa y se ríe.)

EXPLORADOR. -¿Qué dije yo? ¿Qué dije yo? ¡Salud, viejo charlatán!...

DUELISTA. -Eres muy amable ahora, explorador. Eres magnífico cuando bebes. Dime, ¿puedo dispararte esta tarde? (Música en el cuarto interior.)

TELÓN

ACTO TERCERO

Un cuarto muy pequeño, íntimo, sin ventanas. Hay un diván en un ángulo y, en la pared opuesta, una puerta.

LUISA está echada en el diván. EL CONDENADO A MUERTE está todo el tiempo que dura la acción contra la puerta.

LUISA. -¡Vamos! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye!

CONDENADO. -¿Hablas conmigo?

LUISA. -A ti me dirigía. Solo a ti.

CONDENADO. - ¿Qué decías?

LUISA. -¡Que vengas aquí! ¿Por qué no vienes aquí?

CONDENADO. -¿Ir? ¿Adónde? No puedo ir más lejos.

LUISA. -No te estés ahí junto a la puerta.

CONDENADO. -¿Que no esté...?

LUISA. -¡No! Tienes que venir aquí. Ocho pasos sobre la alfombra..., y ya está.

CONDENADO. -¿Ya está qué?

LUISA. -Siempre puedes atravesar el cuarto.

CONDENADO. -Aquí falta algo.

LUISA. -Sí, pero siempre puedes atravesar el cuarto.

CONDENADO. -No estoy muy seguro. (LUISA se levanta y da algunos pasos al compás de una música invisible.)

LUISA. -Es bien sencillo: uno, dos tres, y después...

CONDENADO. -¿Y después qué?

LUISA. -No es difícil cruzar el cuarto. No hay más que cruzar el cuarto.

CONDENADO. -Oye, aquí falta algo. No acierto a dar con ello. (LUISA vuelve a echarse.)

LUISA. -Luego te acostarás a mi lado. Si quieres, apagamos la luz. Si quieres, ocurrirá todo.

LUISA. -¡Cielos! Cruza el cuarto y lo verás.

CONDENADO. -¿Es cosa del aire o es cosa del techo?

CONDENADO. -¿Por qué? No lo sé aún.

LUISA. -¿Es que tengo algún defecto?

CONDENADO. -No lo sé aún.

LUISA. -(Levantándose.) ¿Qué defecto tengo, entonces?

CONDENADO. -No lo sé aún. Tú no tienes ningún defecto.

LUISA. -(Pasándose la mano por la cara.) ¿En la cara? ¿Tengo algún defecto en la cara? ¿En el pelo? ¿En la frente? ¿O en los ojos? ¿O en las mejillas? Todavía no están estropeadas por las caricias.

CONDENADO. -Tu cara está bien. No hay defecto ninguno en tu cara. Está bien.

LUISA. -¿O los labios? ¡Ah, sí, los labios! ¡Cielos, los labios! ¡Frambuesas! ¡Crema! ¡Azúcar! ¡Cógelas, pues! (Se echa de nuevo.) ¡Inclínate sobre mí y cógelas!

CONDENADO. -Aquí falta algo. ¿Será la luz?

LUISA. -Cruza el cuarto, y nada más. Sería algo grande. Cruza el cuarto. Echa un pie delante del otro. ¡Cógelas antes que caigan! Están muy maduras. Tú no quieres cogerlas en la hierba. Cógelas antes que caigan.

CONDENADO. -Está muy oscuro. No veo nada. Esto se ha puesto oscuro de repente. ¿Será cosa de la luz, pese a todo?

LUISA. -¿La luz? Aquí hay toda la luz que se quiera. Puede estar más oscuro, claro está. Esta luz. Aquella. Luego todo quedará completamente a oscuras. ¿Atraviesas el cuarto si se apagan las luces?

CONDENADO. -No es eso.

LUISA. -Entonces, ¿qué es?

CONDENADO. -Todavía no lo sé. (Silencio.)

LUISA. -Si me encuentras algún defecto...

CONDENADO. -Tú no tienes ningún defecto.

LUISA. -Puedo irme, ¿sabes? Levantarme e irme. Es lo más sencillo del mundo.

CONDENADO. -Tú no te irás.

LUISA. -¿Por qué, entonces, no atraviesas el cuarto?

CONDENADO. -No es solo eso.

LUISA. -¿Qué más, entonces?

CONDENADO. -Es que aquí hay algo que no está como debe estar.

LUISA. -Quizá no te gusten mis brazos. Te diré, sin embargo, que mis brazos gustan a muchos. Puedes verlos. No están gastados todavía por las caricias. Muy redonditos. Están para morder. Puedes hacerlo cuando quieras. Cruza el cuarto y muerde mis brazos. ¿Qué le pasa a mis brazos?

CONDENADO. -Nada. Están bien. Yo creo que están bien.

LUISA. -¿Por qué, entonces, no vienes aquí?

CONDENADO. -No es solo eso. Aquí hay algo mal, ¿sabes? Es porque yo no puedo... El piso, ¿puede ser el piso? ¿El piso? ¿Qué tiene el piso? ¿Se inclina de una manera rara? ¿No se cae en él como en un pozo, ¿se anda por él?

LUISA. -El piso no tiene nada. ¿Cuánto has bebido tú?

CONDENADO. -No, no es que haya bebido. Es algo completamente distinto. ¿Será cosa del piso? Entonces, ¿no ves tú que se incline?

LUISA. -No; está horizontal El piso está completamente inmóvil.

CONDENADO. -Es como cierta vez en que viajaba en avión.

LUISA. -¿Qué ocurrió entonces?

CONDENADO. -Momentos antes de aterrizar, el avión dio una vuelta sobre el mar. Miré por la ventanilla y vi allá abajo el mar de costado. El mar estaba allí exactamente como la pared de un pozo. Una isla estaba a punto de caer sobre el horizonte. Pero lo que ocurrió era tan solo que el avión volaba inclinado, ¿sabe? No era más...

LUISA. -Aquí no hay tampoco ningún avión. Aquí no hay más que cruzar el cuarto.

CONDENADO. -Y después, ¿qué?

LUISA. -Luego te inclinarás sobre mí y tomarás mis labios en tu boca.

CONDENADO. -¿Y después?

LUISA. -Después se pondrá todo lo oscuro que tú quieras. Atraviesa el cuarto y ya está.

CONDENADO. -No es solo eso. Es algo más. Hay algo más que eso.

LUISA. -¿Qué es?

CONDENADO. -¿Ser besado?

LUISA. -Sí. (Silencio.) ¡Sí! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.)

CONDENADO. -¡No! ¡No!

LUISA. -¿No?

CONDENADO. -No era eso.

LUISA. -Entonces, ¿qué era?

CONDENADO. -No quiero.

LUISA. -¿Qué tienen mis labios? Mírame. No mires a otro lado. A mí. Deja el suelo. A mí. ¿Qué tienen mis labios?

CONDENADO. -Tus labios no tienen nada. Es sencillamente, que no quiero.

LUISA. -Pero si te gustan los labios, tienes que querer. Esto nadie lo ha hecho nunca antes. Tú eres una novedad para mí. ¡Si a uno le gustan los labios; tiene que querer!

CONDENADO. - Yo no...

LUISA. -¿Qué me encuentras, entonces? ¿Tengo algún defecto?

CONDENADO. -No va contigo.

LUISA. -Entonces, ¿qué es?

CONDENADO. -Aquí hay algo que no está bien. Algo que no está como es. Algo que es falso. No lo sé aún. Pero tengo que saberlo.

LUISA. -¿Y después vendrás? ¿Cruzarás el cuarto? ¿Te inclinarás sobre mí? Y después...

CONDENADO. -No quiero.

LUISA. -Pero ¡si no quieres, tiene que haber algún defecto!

CONDENADO. -Tú sabes que yo he estado alejado de esto.

LUISA. -Cuatro meses. He pensado en ti todo este tiempo.

CONDENADO. -¿Por qué?

LUISA. -Era natural. Todo el mundo tenía que hacerlo por fuerza.

CONDENADO. -Entonces, ¿tenías lástima de mí?

LUISA. -También.

CONDENADO. - ¿También? Entonces, ¿había algo más?

LUISA. -Lástima tenía que sentirla todo el mundo.

CONDENADO. -Entonces, ¿había algo más que esto?

LUISA. -Te aborrecía también.

CONDENADO. -¿Tú también?

LUISA. -Era natural que todos te aborreciesen.

CONDENADO. -¿Y ahora?

LUISA. -Ahora no te aborrezco.

CONDENADO. -¿Qué sentimientos tienes ahora para conmigo?

LUISA. -Pregúntame qué quiero.

CONDENADO. -¿Qué quieres ahora, entonces?

LUISA. -Que te separes de la puerta. Que atraveses el cuarto. El cuarto nada más. No es mucho pedir.

CONDENADO. -Sí; pero no es el cuarto. No es cosa del cuarto. ¿Dónde está? ¡Cielos!, ¿qué es? ¿Es la puerta? Piensa

si es la puerta. ¿Oyes cómo se ríen ahí fuera? Brindan, ríen y charlan de nada.

LUISA. -Siempre hacen eso. No hay nada a que echar mano. Todos hacen lo mismo. Brindar, charlar y reír. Todos hacen igual.

CONDENADO. -Tú sabes que yo he estado ausente cuatro meses.

LUISA. -Sí, lo sé muy bien. Lo saben todos.

CONDENADO. -¿Qué tal se pasó entonces?

LUISA. -Eso lo sabes tú muy bien. Yo no puedo saberlo.

CONDENADO. -No es eso. Me refiero a esto de aquí.

LUISA. -Como siempre. ¿Cómo quieres que se pasara?

CONDENADO. -No sé. ¿Quieres decir que estuvo como está esta tarde?

LUISA. -Claro, naturalmente.

CONDENADO. -Entonces, ¿ha estado así todo el tiempo?

LUISA. -Siempre está así. Eso está bien claro.

CONDENADO. -¿Suceda lo que suceda?

LUISA. -Claro que sí.

CONDENADO. -Tú sabes que yo he estado ausente.

LUISA. -Eso puede ocurrir muy bien. Ya sé que has estado ausente. ¿Tengo algún defecto?

CONDENADO. -No es eso. Tú no tienes defecto ninguno.

LUISA. -Mis dientes. Hay muchos que me quieren solo por los dientes. Quisiera morderte alguna vez.

CONDENADO. -¿Qué vez?

LUISA. -¡Oye! ¡Oye! Cruza el cuarto nada más.

CONDENADO. -¡Vete! ¡Vete de aquí! ¡Sal! ¡Vete donde uno que pueda cruzar un cuarto! ¡Vete a buscar a alguien que crea que todo está como debe estar! ¡Entra aquí con alguien que no crea que aquí hay algo inquietante! ¡Que no vea que aquí falta algo!

LUISA. -¡No! ¡Tú!

CONDENADO. -¿No?

LUISA. -¡No!:

CONDENADO. -¿Qué más vas a hacer conmigo, que ni siquiera puedo cruzar un cuarto?

LUISA. -Tú tienes que venir. Los demás han venido antes muchas veces.

CONDENADO. -Entonces, ¿cómo lo hicieron?

LUISA. -¿Cómo lo hicieron?

CONDENADO. -¿Van, nada más?

LUISA. -¡Pues claro! Pero hombre, no es ninguna cosa atravesar un cuarto. Ninguno suele quedarse junto a la puerta. Yo me limito a decir: "Ven", y todos vienen. Digo únicamente: "Muérdeme, muérdeme fuerte", y todos muerden. Hago esta sola pregunta: "¿Ponemos más oscuro?", e inmediatamente se apaga la luz... Ninguno suele quedarse junto a la puerta.

CONDENADO. -¿Y no hay nunca uno que crea que aquí falta algo?

LUISA. -Conmigo nadie suele pensar que falta nada. Conmigo todos suelen pensar que todo está bien.

CONDENADO. No es contigo. Nunca he dicho que tuvieras ningún defecto. Pero ¿nunca hubo uno que creyera que este cuarto tiene algo, algo, algo dentro o encima, o alrededor, o debajo del cuarto?

LUISA. -El cuarto no tiene nada. Y si se apaga la luz, no importa que tenga algún defecto. Y cuando está a oscuras, nadie suele decir que el cuarto tenga defecto alguno. El cuarto está muy bien.

CONDENADO. -¡Qué cosa tan extraña! Yo no lo comprenderé jamás; Jamás lo podré comprender...

LUISA. -¡Oye!

CONDENADO. -¿Qué?

LUISA. -Es bien sencillo.

CONDENADO. -¿Qué es lo que es sencillo?

LUISA. -Hombre lo del cuarto.

CONDENADO. -Entonces, ¿Cómo sería?

LUISA. -¡Oye!

CONDENADO. -¿Qué?

LUISA. -Se tardan cinco segundos.

CONDENADO. -¿En qué?

LUISA. -Yo apago..., y después cinco segundos nada más.

CONDENADO. -¿Cinco segundos en qué?

LUISA. -En llegar hasta mí a oscuras. No tienes más que cruzar el cuarto y me encontrarás fácilmente. Oirás mi respiración. Yo respiro fuerte. Sentirás mi corazón. Yo llevaré tu mano a mi corazón. Te daré mi corazón para que lo estreches en tu mano. Mi corazón está donde hay más calor. Todos dicen que mi corazón palpita muy fuerte. No te será

nada difícil encontrarme en la oscuridad. Solo cinco segundos. (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye!

CONDENADO. -¿Qué?

LUISA. -¿Por qué callas?

CONDENADO. -Aquí hay algo que yo no acierto a saber todavía. Si lo supiera sería mucho mejor. Poco importaría lo que fuera con tal que lo supiese.

LUISA. -Mis labios no son. ¿verdad?

CONDENADO. -No. Nadie lo ha dicho tampoco. No tienen nada.

LUISA. -Pero si no tienen nada, puedes besarme, por lo menos. Es lo que hacen todos si no hay defecto.

CONDENADO. -¡Oye!

LUISA. -¿Qué?

CONDENADO. -Tú sabes que yo he estado mucho tiempo ausente de todos los labios.

LUISA. -Ya lo sé; los cuatro meses de la cárcel.

CONDENADO. -¿Sólo cuatro meses dices?

LUISA. -Es lo que dicen todos.

CONDENADO. -Pero no fueron cuatro meses.

LUISA. -Entonces, ¿cuánto tiempo fue?

CONDENADO. -Eso no puede decirse. No puede calcularse. Yo estuve condenado a muerte. Para un condenado a muerte solo existe la eternidad. Un día es la eternidad. Un minuto es la eternidad. Un mes es la eternidad. Un segundo es tan largo como un año.

LUISA. -Pero aun así puedes besar. Si lo has olvidado, yo te enseñaré. Podemos poner el cuarto todo lo oscuro que quieras.

CONDENADO. -En la eternidad no hay labios.

LUISA. -Entonces, ¿qué hay?

CONDENADO. -Allí hay todo.

LUISA. -Entonces también hay labios.

CONDENADO. -Claro que hay labios también.

LUISA. -Entonces, ¿qué labios son esos?

CONDENADO. -Un par nada más. Solo un par.

LUISA. -Basta un par para besar.

CONDENADO. -Allí no se puede besar. En la eternidad no se puede besar.

LUISA. -Entonces, ¿qué se puede hacer allí?

CONDENADO. -Todo.

LUISA. -Entonces también se puede besar.

CONDENADO. -Claro que se puede.

LUISA. -¿Entonces?

CONDENADO. -¿Qué?

LUISA. -¿Allí no se tiene, entonces, más que un par de labios? ¿Y se puede besar con un par, entonces? ¿Qué par se tiene allí?

CONDENADO. -El propio, naturalmente. Allí todo es propio.

LUISA. -Uno no puede besarse a sí mismo.

CONDENADO. -En la eternidad se puede todo. En la eternidad solo se tiene un par. Yo creí que solo había un par.

LUISA. -Pero hay los míos. ¿Tienen algo? Están aquí. No tienes más que cruzar el cuarto para tenerlos. Entonces tendrás dos pares..., y yo, otros dos.

CONDENADO. -De pronto vi tus labios esta tarde. Ahí fuera.

LUISA. -Nadie ha dicho jamás que yo tenga labios como frambuesas. A muchos les gusta solo por mis labios, y dicen que los labios son buenos. Tengo buenos labios. Pero nadie ha dicho antes de ahora que son como frambuesas. Como

frambuesas después de un chubasco. Pero si son así, ¿por qué no las coges?

CONDENADO. -"Un par de labios -pensé yo entonces-. Otro par de labios. Después de tanto tiempo, un par de labios nuevos." Y de pronto noté que mis propios labios se ablandaban lentamente. Que se humedecían suavemente.

LUISA. -También yo vi que estaban húmedos. Y pensé: "¡Quiero besar esos labios!"

CONDENADO. -¿De veras lo pensaste?

LUISA. -Todo eso fue lo que pensé entonces.

CONDENADO. -Yo pensé: "Esos labios, esos labios blandos, calientes, húmedos y brillantes, esos labios quiero besar. Quiero juntarlos a los míos. Quiero apretar mis labios contra ellos hasta que sangre todo... ¡Oh! ¡Con esos labios puede ocurrir todo!"

LUISA. -¿Entonces?

CONDENADO. -¿Qué?

LUISA. -Entonces es muy sencillo. Entonces, a besar. Que sangre todo. A veces la sangre es muy buena. Bebe la mía y yo beberé la tuya. ¡Ven! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye! ¡Tengo mucho miedo! ¡Eres un tipo muy extraño! Parece como si precisamente en este momento te

hubiera ocurrido algo. ¿Qué es? ¡Habla! (Silencio.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye! ¡Oye! ¡Di algo! (Silencio.)

CONDENADO. -Ahora, de pronto, me acuerdo de todo. Entramos en este cuarto. ¡Cielos!, ¿cómo entramos en este cuarto?

LUISA. -Yo tenía llave. ¿Oyes? ¡Tenía la llave!

CONDENADO. -De pronto nos vimos dentro, Tú cerraste la puerta por dentro.

LUISA. - No fue por nadie. Sencillamente, fue porque tenía llave. Simplemente porque quería estar a solas contigo. ¿Quieres tú la llave? La tengo conmigo. Ven a buscarla. Ven, Cruza el cuarto, y ya está. ¡Oye! ¡No es nada cruzar un cuarto! ¡Oye! ¡Ven!

CONDENADO. -Entonces ocurrió.

LUISA. -¿Qué es lo que ocurrió? Yo no noté nada. Yo seguí andando. Y me acosté aquí. Yo únicamente me acosté y esperé a que vinieras. Aquí no ha ocurrido nada.

CONDENADO. -De pronto algo le pasó a mis labios. De repente no hubo más que un par de labios en el mundo. Solo existían mis labios. Se pusieron duros como entonces. La piel estaba estirada como una cuerda. De repente se quedaron congelados. La helada se hundió en ellos. Yo creo que se pusieron azules como el hielo.

LUISA. -No se pusieron azules; Jamás han estado tan rojos como ahora.

CONDENADO. -El cuarto no tenía nada, ¿sabes? De pronto noté en el cuarto algo que me lanzó a la eternidad. De pronto ya no hubo más tiempo. Un minuto fue un año; un segundo, mil años.

LUISA. -¡Qué extraño pareces! Asustas a cualquiera. Te has vuelto muy extraño de repente. Pero los labios no tienen defecto ninguno.

CONDENADO. -No; conmigo no es nada. Es cosa del cuarto, ¿sabes? Tiene que ser cosa del cuarto. El techo. El suelo. La alfombra. Las paredes. Esta puerta en que me apoyo. Algo tiene que ser.

LUISA. -(Levantándose del diván y dando alguno pasos al compás de la música invisible.) ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye! ¡Con lo bien que podía hacerse todo!... ¡Mírame! ¡Oye! Mírame ahora. A mí nada más. ¿Qué importa el techo, ni el suelo, ni otra cosa? ¡Oye! Yo soy el cuarto. Yo soy quien te inquieta. Mírame. Mírame a mí, que soy quien te inquieta. Mira mi cuerpo ahora. ¡Oye! ¡Oye! ¡Levanta los ojos! ¡Mira a los ojos a quien te inquieta! Es lo único que consuela. Mírame a los ojos. Sumérgete en mis ojos. Sumérgete en mis labios. No tienes más que cruzar la habitación para sumergirte. Sumergirte. Eso exclusivamente. ¡Oye! Mírame. Mira cómo

ando. Mira cómo ando ahora. Así tienes que hacer tú. Solamente así. Mira mis piernas. No tienen defecto. Aquí nada está mal. Todo está bien aquí. ¡Mira mis piernas! Mira mis bellas piernas. Muchos me aman solo por estas piernas. Hay muchos que dicen: "¡Qué bellas son tus piernas!" Y hay uno que dice que yo soy una corza, que podría estar corriendo siempre entre rosas sin pisar jamás ni una sola. ¡Y mira! (Se quita los zapatos.) ¡Mis pies! ¡Mírame! ¡Oye! Mira mis pies. Sin zapatos. ¡Qué leves son! ¿Crees que no? ¡Qué frágiles! Como porcelana. Muchos me aman solamente por mis pies. Dice uno: "Tus pies..., tus pies son como porcelana." Sonarían como una tacita de té si se los golpease con el nudillo del dedo. ¡Oye! Ven aquí a golpearme los pies. Ven aquí... y me abandonaré en tus brazos. Todo es muy sencillo. Basta con apartar la espalda de la puerta. Basta con echarse a andar. Así. Cruzar el cuarto. No es nada cruzar un cuarto. (Se echa en el diván. Silencio.)

CONDENADO. - ¡Oye! (Silencio.) ¡Oye!

LUISA. -¿Qué? ¿Vienes?

CONDENADO. -¡Oye! Comienzo a ver. Todavía no. Todavía no, pero ya está cerca.

LUISA. -Entonces, ¿qué es? ¿Qué es lo que vas a saber? Tú me asustas. Ahora me asustas. No me mires así. ¡Oye! ¿Quieres la llave?

CONDENADO. -Se va aclarando lentamente. Ahora mismo voy hacia la salida.

LUISA. -Tú estás junto a la puerta. Ahí has estado todo el tiempo. No me mires así. Tengo mucho miedo.

CONDENADO. -Ahora mismo vislumbro una salida. He estado caminando a oscuras. Aquí ha habido mucha oscuridad. Pero de pronto la oscuridad se ve atravesada por la luz de una lámpara. Tengo que ir hacia la lámpara. Tengo mucho miedo. Yo no sé lo que es. Solo sé que tengo que ir hacia la lámpara. Tengo que ir hacia lo terrible que me espera.

LUISA. -¡Oye! ¡Ven a mí! Tienes que venir a mí. Mira mi cuello. Arde. Ven a refrescarlo con tus labios. ¡Ven! ¿Oyes? ¿Apago?

CONDENADO. - Todavía no sé exactamente lo que es. ¿sabes? Pero me voy acercando, acercando.

LUISA. -¡Oye! ¡Toma la llave! ¡Toma la llave! ¡Vete!

CONDENADO. -¡Oh! ¡Oh!

LUISA. -¿Qué es?

CONDENADO. - ¿Cómo te llamas?

LUISA. -Luisa.

CONDENADO. -¡Cómo! ¿Luisa?

LUISA. -Sí.

CONDENADO. -¡Luisa! ¿Por qué no hay ventanas en este cuarto?

LUISA. -¿Ventanas? Aquí no se necesitan ventanas.

CONDENADO. -¿Ninguna ventana?

LUISA. -No. Aquí dentro no se está nunca mucho tiempo. Solo un momento a la luz de la lámpara y luego un ratito a oscuras, y nada más.

CONDENADO. -¡Oye! ¡Luisa! ¿Qué cuarto es este?

LUISA. -Un cuarto corriente en un rincón. Un cuarto al que uno va cuando ha encontrado a alguien cuyos pies, pelo o pecho y caderas le gustan. Este cuarto no tiene nada de particular. Únicamente que en él se susurra casi siempre, y por eso casi siempre está oscuro, porque así se susurra mejor.

CONDENADO. -¡Luisa! ¡Luisa!

LUISA. -¿Qué?

CONDENADO. -¿Por qué mientes, Luisa?

LUISA. -¿Que miento? ¡Oye! No me mires así. Tú tienes que cerrar cuando me mires ahora.

CONDENADO. -¡Porque mientes! ¡Yo cierro los ojos y tú mientes!

LUISA. - ¿En qué he mentado?

CONDENADO. - ¡Luisa! ¿Sabes qué cuarto es este?

LUISA. -Ya te lo he dicho todo. Todo lo que jamás he dicho a nadie.

CONDENADO. -¡No, Luisa! Tú no me has dicho lo que es. ¡Te lo voy a decir yo!

LUISA. -¡Dilo!

CONDENADO. -Es una celda oscura, Luisa. Una celda de muerte. Yo estoy encerrado en una celda. He vuelto atrás, Luisa.

LUISA. -¡Oye! ¡Oye! ¡Oye!

CONDENADO. -Luisa.

LUISA. -Mírame. Mírame bien ahora. No cierres los ojos. Mírame bien. (Se quita lentamente el collar.) Tú no has vuelto atrás. ¿Acaso estuve yo en tu celda? (Se desabotona lentamente la blusa.) Yo no estuve en tu celda. (Silencio. El CONDENADO a muerte contempla con toda atención a LUISA, que durante todo este tiempo trata de sujetarlo con la mirada.)

CONDENADO. -¡Ya! ¡Ahora recuerdo todo!

LUISA. -¿Qué recuerdas?

CONDENADO. -Silvia.

LUISA. -¿Quién es Silvia?

CONDENADO. -Tú.

LUISA. -Yo me llamo Luisa.

CONDENADO. -Estás echada..., igual que entonces. Así estuviste tú echada en la celda durante un mes. Un mes entero de la eternidad. Yo apoyaba la espalda contra la puerta de la celda. Me daba de lleno el frío de la puerta, pero no podía escaparme. Estaba como clavado, Silvia. Yo estaba allí, y la luz de la luna entraba por la claraboya. Y caía sobre ti, Silvia. Y hacía brillar tu pelo, como ahora, Silvia. Tú te quitabas el collar, como ahora. Y la blusa, Silvia. De pronto quise echarme sobre ti. No resistí más. Me separé de la puerta. Quería vengarme y amarte, Silvia. Vengar y amar. Yo estaba sobre ti..., y caí en una cama vacía con mi deseo y mi odio. Quería besarte, Silvia, y rocé mis labios contra una pared, haciéndolos sangrar. Quería morderte..., y las comisuras de mis labios sangraron a causa del hierro con que tropezaron. Estabas allí y no estabas, Silvia. Estabas muerta y no lo estabas, Silvia. Tú estabas conmigo en la eternidad, Silvia. Ahora estás acostada igual que entonces.

Exactamente igual que entonces. ¿Recuerdas, Silvia? Fue una vez inmediatamente antes que yo regresara de un largo viaje. ¿Cuánto tiempo duró, Silvia?

LUISA. -¡Oh! Oye. Oye. Me llamo Luisa. Escúchame, Luisa.

CONDENADO. -Fue muy largo, Silvia. Ocurrieron muchas cosas en ese período. Sucedió todo, Silvia. Volví una tarde, a última hora. Había algo en el aire, algo en las primeras palabras que dijiste, algo en las camas y en el orden de la casa. De pronto me llevaste al dormitorio, agitadamente, aprisa, como si quisieras reparar algo, ocultar algo mediante una cordialidad exagerada. Luego te desnudaste, Silvia. Comenzaste por quitarte el collar. Seguiste por la blusa. Yo no te quitaba los ojos de encima, Silvia. Pero cuando comenzaste a quitarte el sostén, lo adiviné todo de repente. Tú no te desnudabas para mí. Tú te desnudabas para otro, Silvia, para alguien que estaba ausente. ¡Oh, cómo te odié al adivinarlo, Silvia.

LUISA. -¡Oye! ¡Oye! Tienes que escucharme ahora. Me llamo Luisa. Yo no soy tu Silvia. Yo soy Luisa, y vivo. ¡Toma la llave! ¡Oye! ¡Toma la llave! ¡Vete! ¡Abre y vete! Tienes que oírme. ¡Oye! Me llamo Luisa, y vivo.

CONDENADO. -No puedo irme, Silvia. Ahora ya no puedo más.

LUISA. -Tienes que venir. Si no puedes irte, tienes que venir. Pero no te estés ahí. ¡Oye! Es peligroso estar ahí junto a la puerta. Quítate de la puerta... ¡Oye! ¡Ven! ¡Ven a mí ahora! Separa la espalda de la puerta y después anda así. (Se levanta del diván y da algunos pasos al compás de la música.) No es más que cruzar el cuarto. Un cuarto bien pequeño. Mira cómo ando yo. Mira mis piernas. El que está muerto no puede andar. ¡Oye! Me llamo Luisa, y vivo. ¡Oye! ¡Luisa! (Se vuelve a acostar.)

CONDENADO. -Ahora recuerdo una cosa, Silvia.

LUISA. -¡Oye! Si no, te vas... ¿Oyes? La puerta es muy peligrosa.

CONDENADO. -¡Silvia!

LUISA. -Me llamo Luisa, Luisa ¿Qué es lo que recuerdas?

CONDENADO. -A veces se daba el caso de que yo o tú habíamos ido al mercado. Yo me acercaba a ti o tú a mí con las manos en la espalda, con un melocotón en una mano y con una pera en la otra. "¿Qué mano, Silvia? -decía yo-. ¿Qué mano?"

LUISA. -¡Oye!

CONDENADO. -¿Qué quieres, Silvia?

LUISA. -Me llamo Luisa. Quiero que me mires. Que me mires todo lo que puedas. ¡Oye! Mira mis pechos. Arden bajo la seda. ¿No quieres apagarlos? ¡Ven!

CONDENADO. -¿Qué mano, Silvia?

LUISA. -Me llamo Luisa, y vivo. Muchos me aman por mis pechos. Muchos dicen: "¡Cómo arden tus pechos!" (Comienza a soltarse el sostén.) Muchos me aman solo por mis pechos. ¿No quieres apagarlos si arden?

CONDENADO. - ¿Qué mano, Silvia? ¿Qué mano?

LUISA. -¡Oh! Me llamo Luisa. Oye, me llamo Luisa, y... La derecha.

CONDENADO. - ¿En mi dirección o en la tuya, Silvia?

LUISA. -¡Oh! En la tuya.

CONDENADO. -En la mía, Silvia. (Avanza lentamente la mano derecha y apunta con su revólver a LUISA, que tiene la vista baja mirando su cuerpo.)

LUISA. -¡Oye! Es muy sencillo. Es muy fácil. Todo para apagarme, un par de labios. Si no te vas, tienes que venir. Deja la puerta, cruza el cuarto. Avanza al compás de fa música. Son cinco segundos solamente; cinco segundos nada más..., y luego... Es cosa bien sencilla. No hay más que cruzar... (El CONDENADO A MUERTE dispara. Un grito breve,

luego se oscurece la escena. Se oye el ruido del revólver al caer al suelo y, después, los pasos del CONDENADO A MUERTE hacia el diván.)

TELÓN

ACTO CUARTO

En el rastrillo de la cárcel.

El CARCELERO está sentado a su mesa y lee un periódico.

PEDRO está en el banco y lee su libro. De pronto se oye ruido detrás de la tronera.

PEDRO. -(Estremeciéndose.) Ha sonado algo por ahí. ¿Dónde habrá sido?

CARCELERO. -¡Bah!, nada de particular. Lo de siempre: detrás de la tronera. Siempre que hay algún ruido es de ahí.

PEDRO. -¿No va a ver lo que es?

CARCELERO. -¡Pchs! El consabido paquete, claro está.

PEDRO. -¿El paquete?

CARCELERO. -Usted no debe leer tanto. Debe mirar a su alrededor en vez de eso, ¿sabe? (Se levanta indolentemente, abre la tronera y saca el paquete. Lo levanta con las dos manos para pesarlo.) Este. El peso parece normal. Una vez hubo uno que pesaba siete kilos. Hace muchísimo tiempo. Ahora ya no ocurre nada interesante. ¡Ay!, se desató. Mal atado, desde luego.

PEDRO. -¿Puede verse lo que contiene?

CARCELERO. -Aquí hay un reloj. Fue lo primero que toqué. (Lo coge de la cadena y le imprime un movimiento oscilatorio, como un péndulo.) Está parado. Mejor así. Luego hay un abrigo de invierno. Buen forro. Un trocito de tiza en el bolsillo. Ya no hay más. ¿Para qué lo habrá guardado? Un trocito de tiza no vale para nada. Mire: un par de botas. Debí de entrar aquí en invierno, fuese este u otro.

PEDRO. -Tanto tiempo no puede estar aquí uno.

CARCELERO. -Aquí puede estar todo el tiempo que sea. Todo depende de la sentencia.

PEDRO. -Dígame, ¿hay algo más en el paquete?

CARCELERO. -No, nada. Lo corriente nada más. Una fotografía de una mujer. No es ninguna belleza. Y luego un cortaplumas. ¿Para qué lo querría? ¿Están cortadas las páginas de su libro?

PEDRO. -Sí; no necesito ningún cortaplumas.

CARCELERO. -¿Y no necesita usted ningún cortaplumas para alguna otra cosa?

PEDRO. -No creo. Fuera de casa me arreglo siempre a mi manera tímida. Pero esta tarde no vendría mal, desde luego.

CARCELERO. -¿No oye? Hay gente ahí fuera.

PEDRO. -No oigo ni pío.

CARCELERO. -Parece como si se hubiese reunido al pie de la escalera un grupito de gente. ¡Escuche! La bocina de un auto. En seguida tendremos una pequeña visita. Me parece que suben la escalera.

PEDRO. -Viene alguien. Muy tarde.

CARCELERO. -Antes de la hora de cierre nunca es tarde. (Llaman a la puerta.) ¿Qué dije yo?

PEDRO. -Yo, a leer. Así es mejor. (Entra primero el EXPLORADOR. Respira fuerte. No trae sombrero. Se limpia el sudor con un pañuelo muy grande.)

EXPLORADOR. -¡Uf! Esta escalera le deja a uno seco. Peor que los desiertos de Sahara y Gobi juntos. ¡Uf!

CARCELERO. -¿Qué quiere usted? ¿Qué tiene que ver el Sabara con esta escalera? (Fuera se oyen voces agitadas.) ¿Qué pasa ahí fuera? Aquí debe haber tranquilidad y silencio. Este es un lugar tranquilo y silencioso. Aquí está la gente durmiendo. Este es un lugar decente; Aquí no queremos tener ningún maldito ruido por las noches.

EXPLORADOR. -¿Tranquilo? Solo con la tranquilidad de un momento, señor mío. Aterrizan huéspedes, ¿sabe usted? Dan poco quehacer las entradas. Falsa timidez. Usted sabe muy bien eso.

CARCELERO. -Eso se sabe muy bien. Siempre es igual. Pero si se trata de un asunto de servicio, les presento mis excusas. Era otra cosa. Pero ¿quién es ese? (Entra el CASI CRUCIFICADO. Mira, extrañado, en torno suyo.)

EXPLORADOR. -Es mi buen amigo el misionero. El azar ha querido que entrase antes que el huésped.

CARCELERO. -¿El huésped? ¿Qué huésped?

EXPLORADOR. -Ese de quien están hablando ahí fuera. Es cuestión de segundos.

CASI CRUCIFICADO. -¡Oh! Aquí está la conciencia, entonces. ¡Dios, por fin, la conciencia! ¡Qué bello, qué tranquilo, después de tanto horror!

CARCELERO. - ¿De qué horrores está hablando usted?

CASI CRUCIFICADO. - ¡Oh, es tan terrible, que no se puede hablar de ello!

CARCELERO. -¡Hah! Aquí puede hablarse de todo.

Aquí hemos oído cuanto hay que decir. Por tanto, no se preocupe por eso.

EXPLORADOR. -Pues mire, se trata de un asesinato. Han matado a tiros a una persona.

CARCELERO. -¿Nada más? ¿No hubo nada más grave?

CASI CRUCIFICADO. -¿Le parece a usted poco?

CARCELERO. -Hombre, sí, ¡es grave! Pero pudo haber sido peor.

EXPLORADOR. -Han asesinado una mujer joven.

CARCELERO. -Eso es frecuente; Mujeres jóvenes, hombres jóvenes y revólveres. Que mujeres jóvenes hagan frente a hombres jóvenes con revólveres no es muy práctico, ni mucho menos. ¿Quiénes son esos? (El EXPLORADOR y el CASI CRUCIFICADO se apartan rápidamente a un lado.)

CASI CRUCIFICADO. -¡Oh! Es el asesino.

EXPLORADOR. -Y el que lo sujeta es el Viajero de rápidos.

CARCELERO. -Pero el tipo de atrás solo tiene un brazo.

EXPLORADOR. -Pero en ese brazo tiene la fuerza de un oso. Voto al diablo si no es así.

CONDENADO. -Ahora ya no es necesario que me agarre. Le suda la mano.

CARCELERO. -Ahora puede usted soltarlo. Ya lo tenemos dentro. (Al CONDENADO A MUERTE.) A usted ya le he visto aquí antes. Le he visto hace muy poco.

CONDENADO. -Fue esta tarde, a las siete. Pronto hará cinco horas. Yo también le conozco a usted. Fue usted el que me

metió ahí dentro un invierno, a las tres. Después me dio libertad una primavera, a las siete. Aprieta usted un botón y se sale o se entra aquí.

CARCELERO. -La mayoría entra ¡Qué ruido hay ahí abajo! ¿Quiénes son esos tipos que vienen ahora? (Entra el DUELISTA con el revólver en la mano. Después, los tres PERIODISTAS.)

EXPLORADOR. -¡Oh, es mi amigo el Duelista! Un tirador sin par.

CARCELERO. -¿A quién tira, entonces?

CONDENADO. -A los demás.

PERIODISTA 1º. -Yo no lo creo. No lo creo mientras no se lo oiga a él mismo. Mientras, ¡ni hablar! ¡En absoluto.

PERIODISTA 2º. -¡Tranquilízate! Lo importante es que sea verdad. Ahora mismo voy a telefonar diciendo que esperen para poner los titulares. ¡Qué historia, oye! ¡Qué historia!

CONDENADO. -¿Que entra la mayoría? ¿Entra casi siempre? Quizá, generalmente hablando, entran solamente.

CARCELERO. -Tanto como eso no. Pero casi.

CONDENADO. -Una vez recibí una lección.

EXPLORADOR. -Por el diablo que nadie la mereció más que usted. ¡Echar a perder una situación tan excelente!

PERIODISTA 1º. -¿De veras?

PERIODISTA 2º. -Y tan de veras, oye.

EVA. -¡Cinco horas!

CONDENADO. -¿Cierto? ¿Qué?

EXPLORADOR. - Ciertísimo. Ya solo faltaba mentir para colmar la medida. Basta con haber asesinado. ¿O es que va a mentir también?

DUELISTA. -¡Y pensar que el duelo se fue al infierno! Echar a perder un duelo tan bonito. ¡Voto al diablo!

EXPLORADOR. -Todos nosotros somos gente honrada y honorable, que nunca hacemos daño ni a una mosca. ¡Y vemos ahora aquí con esto! Convidamos a un hombre a nuestra compañía. Creemos que es amable. Creemos que nos agradecerá la hospitalidad y amistad que le brindamos, y nos paga de esta manera. ¡En mi vida he visto nada más indignante!

PERIODISTA 2º. -¿Cómo ocurrió? Detalles.

CASI CRUCIFICADO. -¡Oh! Fue una cosa atroz.

PERIODISTA 2º. -Los detalles son horribles. Recuérdate que tengo que telefonar para dictar los titulares.

EXPLORADOR. -Estábamos sentados allí tan tranquilos, hablando de viejos recuerdos. Los viejos y excelentes recuerdos de cómo fuimos salvados.

PERIODISTA 2º. -¿Salvados? ¿De qué fueron salvados entonces?

PESCADOR DE RÍO. -Todos nosotros pertenecemos a la Peña de los Salvados.

CASI CRUCIFICADO. -Todos nosotros hemos sido salvados, ¿sabe usted?

EXPLORADOR. -De la muerte, es preciso añadir. Como le iba diciendo, estábamos sentados allí comiendo. Yo, precisamente, comía pastel. Sin más, comienza a provocamos el asesino. Se conduce con toda desvergüenza. Se mete en cosas que no le importan. Como verdaderos anfitriones, sin embargo, le dejamos despacharse a su gusto durante un ratito. Figúrese: un paso más, y rebasa el límite, y entonces no hay más remedio que rogarle que se vaya. En esto llega la mujer.

PERIODISTA 2º. -La asesinada, claro está.

CASI CRUCIFICADO. -Justo. La que después fue asesinada.

PERIODISTA 2º. -Interesante. Lo más interesante del año.

CASI CRUCIFICADO. -Parece que le gustó esta mujer.

EXPLORADOR. -No le extrañe: era bonita. Terminaron por irse los dos a un cuarto que hay al fondo del comedor. Allí estuvieron un rato largo. Se comprende.

CARCELERO. -Ya se sabe lo que pasa cuando uno entra con una mujer bonita en un cuartito dentro de un comedor.

EXPLORADOR. -Nosotros estábamos sentados, charlando con el mejor humor.

DUELISTA. -Exactamente. Sobre mi último duelo. Me gustaría que hubiera estado usted allí. Fue a la orilla del mar. La orilla del mar tiene de bueno que no se oye el disparo, ¿sabe?, y el que cae queda tendido allí hasta que di agua se lo lleva.

EVA. -¡Oiga! ¿Por qué hizo usted eso? ¿Se portó ella mal con usted? ¡Oh, ella se portó horriblemente con usted! Yo sé cómo fue. Ella lo estuvo atormentando. Le estuvo recordando continuamente el pasado. Usted trató de frenarla. Primero con palabras, que de nada sirvieron. Entonces la cogió usted.

CONDENADO. -Yo no la toqué. Nunca estuve cerca de ella.

DUELISTA. -Pero, de todas maneras, estaba a tiro.

CONDENADO. -A tiro estuvo siempre, desde luego.

EVA. -¡Ah! ¿Usted no se acercó nunca a ella?

EXPLORADOR. -Eso quiere hacernos creer. ¿A solas en el cuarto con una mujer bonita y una sola cama? ¿Y cree usted que nos lo tragamos?

EVA. -Yo comprendo cómo se portó ella. Como quiera que fuese, le hizo sufrir a usted. Usted no se libraba de su charla. Ella, naturalmente, había cerrado la puerta.

CONDENADO. -Sí, la había cerrado. Luego se agotó la conversación. Únicamente se comentó que en el cuarto había algo raro desde el primer momento. Pero tampoco esto tuvo importancia.

EXPLORADOR. -¡Tonterías! ¡No le eche la culpa al cuarto! ¡De esto no se libraré usted jamás!

PERIODISTA 2°. -¿Y qué ocurrió después? ¿No puede darnos usted algunos detalles más? Tengo que telefonar en seguida, a causa de los titulares.

EXPLORADOR. -Nosotros oímos un disparo desde fuera. "¿A qué diablos disparan?", pensé.

DUELISTA. -Al principio creí que se trataba de un duelo. Pero yo solo había oído un tiro.

EVA. -Al final no pudo aguantar más. Y entonces disparó usted.

CONDENADO. -Sí, luego disparé.

CARCELERO. -Sabido es cómo ocurren estas cosas. Saca uno el arma del bolsillo sin que nadie lo note. Y con ella en la espalda, la carga y le quita el seguro. La tiene un rato en la espalda, en la mano derecha. Y luego, de pronto, la adelanta, y... ¡pam! Y en medio minuto liquidó el asunto.

CONDENADO. -Usted lo sabe todo.

CARCELERO. -Sí. Lo sé porque, en realidad, no es difícil de saber.

CONDENADO. -Entonces, también sabe usted a quién disparé.

CARCELERO. -Solo sé que era una mujer.

EVA. -Disparó a una mujer mala. Le había estado atormentando mucho tiempo.

CONDENADO. -Disparé a mi mujer.

EXPLORADOR. -Ahora trata usted de deslumbrarnos con eso.

PERIODISTA 1º. -Su mujer está muerta. Quiero decir estaba muerta.

CONDENADO. -Había algo en la habitación. ¿Sabe usted?
¿Qué sabe de la eternidad usted, que es misionero?

CASI CRUCIFICADO. -Sí, es muy larga.

CONDENADO. -Bien se puede decir eso. Es lo menos que se puede decir. Pero ¿sabe usted que es ancha también?

CASI CRUCIFICADO. -Puede que sea ancha también. Y profunda, lo más profunda que uno pueda decir.

CONDENADO. -Pero yo sé sobre la eternidad una cosa que usted no sabe. Sobre la eternidad sé yo una cosa que solo sabe un condenado a muerte.

EXPLORADOR. -No trate de buscar subterfugios ahora.

EVA. -¿Qué sabe usted sobre la eternidad?

PERIODISTA 2º. -Pero dése prisa y dénos algunos detalles sobre ella, porque tengo que telefonar en seguida por causa del boletín.

CONDENADO. -La eternidad no es solo muy grande. Es pequeña también. Nada hay tan pequeño como la eternidad cuando se pone de lado. Entonces cabe en el agujero de una llave.

EXPLORADOR. -i No!

CONDENADO. -Entonces cabe en el cuarto más pequeño. Entonces cabe en diez minutos. Entonces se acomoda muy bien en cinco metros cuadrados. Entonces solo hay un hombre en la eternidad. Entonces no ocurre más que una cosa en la eternidad. Una misma cosa. Siempre, constantemente, la misma cosa, repetida hasta que todo se rompe. La eternidad es un disco de gramófono que se paró. Uno aplasta la eternidad con un martillo, ¡pam!, y todo se acabó.

EVA. -¿Un solo hombre?

CONDENADO. -Disparé a mi mujer. En la eternidad no hay más que un cuarto, y en él, en una cama, está acostada mi mujer. Allí, acostada en la cama, estaba ella hace una hora. En el cuarto solo ocurrió una cosa. En el cuarto siempre estaba ella comenzando a desnudarse. Se quitaba el collar. Se desabotonaba la blusa. Se quitaba el sostén.

EXPLORADOR. -¡Vaya, vaya ! ¡Para que luego quiera confesar que no la tocó!

PERIODISTA 2º. -Por favor, deténgase usted en lo esencial, en lugar de lo circunstancial, pues los boletines se imprimen antes que el periódico mismo.

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche!

CONDENADO. -Esta tarde disparé a mi mujer. Pero la muerta que yo encontré en el diván era naturalmente otra. Después siempre es otra. Después siempre es otra cosa.

CASI CRUCIFICADO. -Ya va siendo hora de que le eche la culpa a la eternidad.

PERIODISTA 2º. -¿Sabe usted el nombre de la mujer que asesinó? Nombre, naturalmente, tenía que tenerlo. No será nunca más de diez letras. Hay que pensar siempre en el tiempo cuando es tarde, claro está.

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche!

CONDENADO. -Señores, no tengo más que decir.

CASI CRUCIFICADO. -Mucho habría de qué hablar aquí, si se quisiera. De este abismo de un corazón. De esta crueldad incomprensible.

DUELISTA. -¡Y el duelo que se lo llevó el diablo! El duelo más bonito del año se fue al infierno. ¿Es usted el carcelero?

CARCELERO. -Sí, desde hace muchos años.

DUELISTA. -Ha visto mucho ¿no?

CARCELERO. -Puede decirse tranquilamente que he visto todo.

DUELISTA. -Magnífico. Entonces es usted el hombre.

CARCELERO. -¿Qué hombre?

DUELISTA. -El hombre que se va a batir conmigo. Me gusta usted. Voy a batirme con usted.

CARCELERO. -Voy a decirle una cosa.

DUELISTA. -Pero dígala en seguida. Luego fijaremos la hora y el lugar, y nombraremos a los testigos. ¡Dígala ya!

CARCELERO. Le diré que usted ha sobrevivido demasiadas veces. Se ve en su cara. Lo que yo sé acerca de los duelistas es que el que sobrevive, aunque no sea más que una vez...

DUELISTA. -Sí. ¿qué les pasa?

CARCELERO. -Los duelistas que sobreviven demasiadas veces terminan por llevarse la pistola a la sien.

DUELISTA. -¿A qué sien?

CARCELERO. -¡Hombre! ¡A la propia!

PERIODISTA 2º. -Si usted no tiene más detalles que darnos, le damos las gracias.

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche! (El CONDENADO a muerte sube lentamente el pequeño tramo detrás de la mesa del CARCELERO. Se vuelve y mira a los reunidos.)

CONDENADO. -Qué calor se notó de pronto aquí. ¡Qué calor y qué ahogo! ¿Puedo pedirles cinco metros de misericordia y después cinco minutos de misericordia?

CASI CRUCIFICADO. -¿Qué va a hacer usted con tanta misericordia?

CARCELERO. -¡Hombre! Siempre es bueno tener misericordia también

CONDENADO. - ¡Cuánto me gusta usted! ¿Me volvería usted a golpear con el bastón si intentase escapar?

CARCELERO. -Lo dejaría sin sentido.

CONDENADO. -¡Cuánto me gusta usted! Puedo confiar en su misericordia como en la muerte.

CARCELERO. -Puede decirse que siempre tengo el mismo humor.

EVA. -¡Oiga! ¿Qué tal se encuentra? ¿Es usted muy desgraciado ahora? ¿Lo es usted?

CONDENADO. -No.

EXPLORADOR. -¡Ni siquiera ha sabido usted ser desgraciado! Ni un pensamiento de arrepentimiento, ¿eh?

CONDENADO. -No.

CARCELERO. -Fue casi lo más empedernido que he visto. Por lo general, suelen arrepentirse.

CONDENADO. -Un muerto no puede arrepentirse. ¿Qué ocurriría entonces?

CASI CRUCIFICADO. -¿Un muerto? ¡Si está usted vivo!

CONDENADO. -¿Qué cree usted que es un condenado a muerte? ¿Cree usted que es jardinero? ¿Cree usted que es pescador de río? ¿Cree usted que es explorador? ¿Cree usted que es misionero? ¿Cree usted que es duelista? Un condenado a muerte es una cosa muy distinta. Un condenado a muerte tiene que despedirse, ¿comprende usted? Un condenado a muerte no muere cuando cae el hacha. Ha muerto mucho antes. Un condenado a muerte muere cuando se pronuncia la sentencia. Un condenado a muerte muere en seguida, porque no tiene ninguna esperanza. Vivir es esperar. Vivir es esperar flores nuevas en los arriates, rápidos más misericordiosos, tierras sin describir, gentes que quieren ser salvadas, alguien que quiere dejar que lo maten. Ustedes me piden demasiado. Ustedes soltaron a un muerto. Ustedes esperaban demasiado de un muerto. Yo no esperaba nada, porque, ¿qué puede esperar un muerto?

EVA. -Si esto se ha terminado, ¿cómo es, entonces?

CONDENADO. -Si esto se ha terminado, está bien que se haya terminado. No está ni oscuro ni claro, sino exactamente crepuscular.

EVA. -Perdóneme. He hecho algo que no debía haber hecho.

EXPLORADOR. -Usted renunció a todo desde el principio, entonces. Claro, así no podía terminar más que en el infierno.

CONDENADO. -¡Qué divertidos son ustedes! Primero nos obligan a aceptar la muerte. Luego, de pronto, nos obligan a aceptar la vida. Nadie puede estar condenado a muerte por la mañana y condenado a vida por la tarde. No se puede estar muerto en un trimestre y luego, de repente, vivir. Si hay alguna resurrección, desde luego, no tiene que ser para nosotros, los condenados a muerte. Ustedes se convirtieron en una decepción, señores. Si uno ha aceptado la muerte una vez, es difícil obtener nada de una salvacioncita.

CASI CRUCIFICADO. -Así habla un cobarde.

EVA. -Así habla un valiente.

PERIODISTA 2º. -Si no tiene más detalles que darnos, quizá pueda telefonar al periódico desde aquí. Comienza a urgir la hora. El boletín...

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche!

CONDENADO. No hay ni valor ni cobardía. No hay más que estar despierto o dormir. Y después... (Llaman a la puerta. El CONDENADO se vuelve, inclinando la cabeza, hacia la puerta, luego, todo el cuerpo.) "Corta", dijo. "Corta", dijo la puertecita. Usted, señor carcelero, apretó el botón. Entonces coge uno el picaporte. Entonces trae uno la puerta hacia sí o la empuja hacia dentro. No recuerdo bien. Primero se encuentra uno aquí con un corredor largo. Un corredor largo y oscuro. Largo y oscuro, pero tranquilo. Viene después una escalera. Una escalera larga y oscura. Después, otro corredor. Un corredor todavía más largo. Más oscuro todavía. Luego, de pronto, surge una puerta en el corredor. La puerta está abierta. La puerta se abre hacia dentro. Después, un cuartito; un cuartito tranquilo, sin eternidad. Un cuartito donde está triturada la eternidad. Un cuartito acogedor. La luz de la luna cae por una claraboya. Hoy no. Hace frío y hay bruma. Pero con los dedos puede uno conocer cosas y cosas, cosas que se hicieron gratas después que perdieron su eternidad. Con los dedos puede uno tocar un mapita en una pared. Es un mapa de África. Un hombre que ha estado en África, o que quizá fue a África después de la muerte, lo ha dibujado en ella con una uña o un clavo. Describe un viaje. Casablanca, dieciocho de octubre. San Luis, tres de noviembre. El uno de diciembre, en Lagos. El día de Navidad, en Ciudad de El Cabo. El día de Año Nuevo, en Port Elisabeth. Siete de enero, llegada a Beira. Febrero,

quinina. El diecisiete del mismo mes, Zanzíbar. En el mar, frente a Zanzíbar una cruz. En el agua, frente a Zanzíbar. Buenas noches. (El CONDENADO a muerte abre lentamente la puerta. Todos están callados y quietos, escuchando el ruido agonizante de sus pasos.)

EVA. -(AL PERIODISTA 1º) ¡Oye! ¡Sé que soy idiota! Sé que no hay nada más idiota que un periodista emocionado. Podemos ver todo; observamos mejor que nadie que la mayor parte no son más que palabras, y que la gente siempre es la misma. ¡Y ahora esto! ¿Puedo desahogarme llorando a tu lado un rato?

PERIODISTA 2º. -Ahora voy a fijar el boletín.

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche!

PERIODISTA 2º. -Línea, por favor. ¡Línea! ¡Línea! ¡Línea! Nadie contesta. ¿Qué pasa? ¿Por qué no contesta el conmutador?

CARCELERO. -Son las doce. Aquí somos puntuales.

PERIODISTA 2º. -¿Hay algún teléfono cerca de aquí? No se puede perder de esta manera un asesinato. ¿Quién fue el que llamó diciendo que viniésemos aquí?

EXPLORADOR. Fui yo. Si hay algo que reclamar, ya lo veré mañana.

CARCELERO. Hay un teléfono a la vuelta de la esquina. Aquí es hora de cerrar. Buenas noches.

TODOS. -Buenas noches. (Salen.)

PERIODISTA 1º. -¡Dios, qué muerto estoy esta noche!
(Silencio. PEDRO se queda sentado, leyendo. Por fin, vuelve a cerrar el libro.)

CARCELERO. -Es la hora de cerrar.

PEDRO. -(Levantándose lentamente y yendo hacia el CARCELERO.) ¿Y esto es vivir?

CARCELERO. -No sé. Yo aquí sólo cuido de los botones. Esto también se puede hacer.

PEDRO. -Pero ¿no es malo a veces?

CARCELERO. -Los días de mucho trabajo pueden doler las yemas de los dedos; pero se pasa en seguida cambiando de mano.

PEDRO. -¿Duerme usted bien por las noches?

CARCELERO. -Yo duermo bien en una cama limpia.

PEDRO. -Si esto es vivir, yo no quiero vivir más. ¡Por favor, métame dentro!

CARCELERO. -Por esta noche, está cerrado.

PEDRO. -¿Y mañana?

CARCELERO. -Pero usted no ha hecho nada. Para venir aquí tiene uno que haber hecho algo o, por lo menos, suponerse que lo ha hecho. Por esta noche está cerrado.

PEDRO. -Entonces, déme un consejo.

CARCELERO. -¿Qué tal era ese libro?

PEDRO. -¡Bah!, no es nada. Cosas que uno sabe desde siempre.

CARCELERO. -Con los libros, sabido es; siempre suele pasar eso, uno sabe casi todo lo que dice antes de leerlo.

PEDRO. -Es verdad.

CARCELERO. -¡Oiga!

PEDRO. -¿Qué?

CARCELERO. -Haga algo. ¡Haga algo, entonces!

PEDRO. -¿Que haga algo?

CARCELERO. -Salga. Alquile una cosa. Cárguela. Quítele el seguro. Y luego...

PEDRO. -¡Que haga algo! ¿Qué cree usted que puede hacer un abogado viejo? Un abogado viejo sabe todo, pero no puede hacer nada.

CARCELERO. -Entonces, esto está cerrado.

PEDRO. -Me voy. Pero ¡dígame cómo voy a salir a la calle a estas horas!

CARCELERO. -Frío y niebla. Buenas noches.

PEDRO. -Buenas noches.

(La puerta se cierra detrás de PEDRO. El CARCELERO apaga la luz. Telón.)

FIN DE "EL CONDENADO A MUERTE"



Stig Dagerman (Älvkarleby, 1923 - Enebyberg, 1954). Nacido en la Suecia rural de principios del siglo XX, a los 11 años se trasladó definitivamente a Estocolmo.

Militó desde muy joven en los círculos anarcosindicalistas suecos y escribió para su prensa; se integró en la sección juvenil de la Sveriges Arbetares Centralorganisation (SAC), a la que pertenecía su padre desde 1920.

Entre los 21 y los 26 años escribió cuatro novelas, cuatro piezas de teatro, una colección de novelas cortas y un gran número de artículos, crónicas y reportajes.

Influido por los novelistas estadounidenses de los años veinte, publicó la novela *La serpiente* (1945), que reflejaba la ansiedad y el temor resultantes de la II Guerra Mundial. En 1946 emprendió un viaje por la Alemania destruida como corresponsal del *Expressen*.

En 1954 se suicidó dando lugar al mito del escritor joven, brillante y melancólico.